GALERIA DRAMATICA.

COLECCION

DE LAS MEJORES OBRAS

DEL TEATRO

ANTIGUO Y MODERNO ESPAÑOL

Y DEL ESTRANGERO.

POR

LOS PRINCIPALES AUTORES.

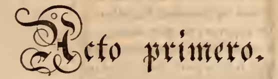
Sr. Mari



Madrid.
Editor propietario M. P. Delgado.

PERSONAS.	ACTORES.
TOMASA.	*Sra. Lamadrid.*
MANUELA.	*Sra. Diez.*
AMPARO.	*Sra. Baus.*
DON JOAQUIN.	*Sr. Luna.*
DON HIPÓLITO.	*Sr. Lombía.*
DON FRUCTUOSO.	*Sr. Perez.*
DON SERAPIO.	*Sr. Campos.*
LUCAS.	*Sr. Diez.*

La escena es en Madrid: el acto primero en casa d don Fructuoso, el segundo en el jardin de la de don Hipó lito, y el tercero en la de don Joaquin.



Acto primero.

ESCENA PRIMERA.

MANUELA. DON FRUCTUOSO.

FRUC. Escusado es que lo niegues.
Esa amistad va tomando
un carácter que me inquieta.
MAN. ¿Qué quieres, Fructuoso? El trato
engendra cariño.
FRUC. Pero...
MAN. Yo no soy de cal y canto.
Tú sabias que me amaba
don Joaquin; y sin embargo
en tu casa le recibes
como amigo, como hermano;
consientes qne á todas horas
nos visite; y como al cabo
no tiene pelo de tonto,
ni es mudo, ni es feo... Vamos;
si al fin me prendara de él,
¿deberias estrañarlo?
FRUC. Manuela, yo le detesto.
Si le hago mil agasajos
es porque temo á su lengua
y á su pluma: yo soy franco.
Me haria muy poca gracia
que á sátiras y á sarcasmos
me derribase del puesto
que me cuesta afanes tantos
conservar: sí; que esos zoilos,

peste del género humano,
tal vez con su envidia mueren
sin salir nunca del fango,
mas desgraciado de aquel
que sirve de triste blanco
á sus epigramas. De ellos
no esperes, ni por acaso,
ningun bien: son sabandijas
que nacen para hacer daño.
Ya un dia le faltó poco
para sacarme los trapos
á la colada... Hoy... ya ves...
á nadie le falta un flaco
donde le hieran. No muestra
dos dias el calendario
político un mismo tiempo.
No tengo mas mayorazgo
que mi empleo, aunque á Dios gracias,
covachuelista..., esto es algo;
y no es cosa de perderlo
por echarla de espartano.
Mi sistema es estar bien
con todos. Hoy me deshago
en alabanzas y encomios
del gorro republicano,
y mañana el justo medio
con igual fervor aplaudo.

MAN. Como ensalzabas un dia
el despotismo ilustrado.

FRUC. Y como acataba al rey,
humildísimo vasallo,
y afirmaba que el derecho
de tratarnos como á esclavos
le venia de allá arriba.
¿Por qué no lo dices claro?

MAN. Ya sé: tú eres jacobino,
reformista, doctrinario,
radical, legitimista,
tory, wigh, chuan, moderado,
cristino, carlista, gorro,
justo medio, estacionario...,
en fin, una enciclopedia

gubernativa.

FRUC. Yo me hallo
bien con cualquiera que mande
mientras cobro del erario;
y esto no es ser pastelero
como dice el vulgo vano;
sino que tengo un carácter
tan complaciente, tan blando...
El que me haga mal á mí
tendrá el alma de guijarro.

MAN. (Complaciente para todos,
menos para mí. Yo pago
por todos.)

FRUC. ¿Qué estás diciendo
entre dientes? Murmurando
tal vez...

MAN. Digo que no es justo
desairar á ese muchacho.
Me ama tanto, y es su amor
tan romántico...

FRUC. ¿Apostamos
á que ya el romanticismo
te ha trastornado los cascos?

MAN. Sí, que yo estoy por las grandes
pasiones y por los raptos...

FRUC. ¿Por los raptos? ¡Cómo...!

MAN. Sí;
de imaginacion. Yo marcho
con el siglo; yo no gusto
de rutinas, ni me adapto
á sentimientos vulgares,
metódicos, sedentarios.
Tiende á dilatarse el alma
por el anchuroso espacio
de la creacion y la...
Sí; lo demas es un caos;
es... no sé... la inanicion...
la raquitis... el marasmo...
Y en fin, el romanticismo,
aunque yo no sé esplicarlo,
es de moda, y esto basta
para que sea el encanto

de las mugeres : ya ves
que con franqueza yo te hablo
tambien.

FRUC. Pues yo te prohibo
romantiquizarte ; ¿ estamos ?
que á gobernarme la casa
no te han de enseñar lord Biron (*)
ni Victor Hugo. ¡ Me vienes
á mí, que soy empleado,
con romances! ¡ A quien vive
entre espedientes, y estractos,
y plantillas, é instrucciones;
á un ente reglamentario,
digámoslo asi, sacarle
de sus casillas!

MAN. No trato
de seducirte. Si quieres
seguir la pauta de Horacio...

FRUC. Ni entiendes de Horacio tú,
ni su nombre viene al caso.
Allá se van los poetas
de entonces y los de ogaño.
No gusto de ellos, que viven
en mundos imaginarios,
y yo soy muy positivo.

MAN. Eso es verdad. Sin embargo..

FRUC. No hay sin embargo. El gobierno
de una casa, ó de un Estado,
no es un poema. Y en fin,
deja allá á los literatos
esas cuestiones, y vive
y piensa como tu hermano...
y basta.

MAN. Pero ¿por qué...?

FRUC. ¿Por qué ? Porque yo lo mando.

MAN. (¡Oh fraternal tiranía !)

FRUC. No ha perdido su trabajo
el tal don Joaquin! ¿Qué mucho?

(*) Pronúnciese Báiron.

Te habrá pintado con rasgos
elocuentes, seductores
la energía, el entusiasmo,
el delirio de un amor
indómito, estrafalario...
¿Qué sé yo? y ciega, perdida
estás ya por ese trasto.

MAN. Me ha hablado... como hablan siempre
los que estan enamorados.
Todos somos, ellos y ellas,
románticos cuando amamos.
Si he de decir la verdad
aun no sé yo si le amo;
mas sírvate de gobierno
que de alabanzas y halagos
ninguna muger se enoja;
que mi amante es porfiado,
y por fin, que yo soy viuda
y tengo veinte y dos años.

FRUC. Pues sírvate de gobierno
que, aunque me llames avaro,
lo que es dote no lo esperes.
Que si te llevas petardo...
ora se case contigo,
ora te niegue su mano,
que tal vez á un mismo punto
van dos caminos contrarios,
allá te lo llorarás,
porque yo no enjugo llantos
de nadie; que don Joaquin,
si en un repentino cambio
puede medrar, está espuesto
á que se lo lleve el diablo
segun como el cambio sea,
y... he dicho. Este es mi *ultimatum.*
Ahora vete á tus quehaceres,
que ya se te fue charlando
media mañana.

MAN. (*Yéndose.*) (Dios quiera
librarme de este tirano.
No sé qué va á ser de mí
si al momento no me caso.)

ESCENA II.

DON FRUCTUOSO.

Amores, modas... Hé aqui
de una muger los cuidados.
Si ella tuviera los mios...
No digo los de mi cargo,
que quien tiene subalternos
de los negocios mas árduos
sale airoso, y gana honra
y provecho sin trabajo.
Pero navegar un hombre
en medio á tantos nublados
políticos y hallar siempre
una tabla en el naufragio,
¡ya es empresa! Ya se ve,
con este sistema, ó diablo
de Cortes y libertades
y reformas... nunca estamos
seguros de ir con el viento,
porque sopla de otro lado
á lo mejor... ¡Oh! bien haya
aquel régimen tan llano,
tan facil de comprender...
Aquello de *pan y palo*,
y altar y trono; y aquello
de *en nombre del rey lo mando:*
obedezca y represente;
y el sencillo formulario
de *archívese*, *no ha lugar*,
acuda... á Poncio Pilato...
(*Suena una campanilla.*)
Entonces podia un hombre
servir... y mandar... ¿Llamaron?

ESCENA III.

DON FRUCTUOSO. DON JOAQUIN.

JOA. Buenos dias, don Fructuoso.
FRUC. Muy felices, don Joaquin.

Viene usté hecho un figurin.

JOA. No... Es usted muy bondadoso.

FRUC. ¿Qué hay de nuevo?

JOA. El mercader
Retorta ha quebrado... pero
no se trata de dinero;
es quiebra con su muger.
Y la consorte, que es bella
y se queja con razon,
ha pedido intervencion...
Yo sé quién se encarga de ella.
Tambien á llamar me atrevo
novedad fresca ese drama
que á don Lùis da tanta fama.
El dice bien: aqui es nuevo.
A Francia afirma Garcés
que lo robó, y de tal modo
que por ser ladron en todo
se lo ha dejado en francés.
¿Qué importa? No me sorprende
un hurtillo literario
donde hay quien roba el erario
y por santo se nos vende.
Nuevo es tambien, lo sé yo,
de doña Teodora el talle,
tanto que ayer en la calle
de Carretas lo compró.
Y en toda mi vecindad
hace un mes que á nadie mata
el doctor don Juan Morata.
Esta sí que es novedad.
Pero me ha dicho esa dama
que trata con don Beltran
"Si á nadie mata don Juan...
es porque nadie le llama."

FRUC. Siempre punzante y maligno
mas con gracia peregrina.

JOA. ¿Qué he de hacer? A esto me inclina
la influencia de mi signo.
¿Y por qué no perseguir
con satírico desprecio
al bribon? ¿Por qué del necio

no me tengo de reir?
FRUC. ¿Y dónde hay hombres perfectos?
¿Lo es usted acaso?
JOA. No;
¿pero tengo de ser yo
quien censure mis defectos?
No faltará quien se tome
ese trabajo, en verdad,
porque aqui la caridad
es fruta que no se come:
Y eso no tiene remedio.
Si me quejo, ¿en qué me fundo?
Dice un refran: medio mundo
se burla del otro medio.
Gracias á Dios, no soy zote,
y ya que es tan buen bocado
la sátira, no hay cuidado,
que yo sacaré mi escote.
FRUC. ¡Qué! ¡Si tiene usted del labio
siempre una pulla pendiente!
JOA. Asi lo dice la gente;
¿mas quién no tiene un resabio?
FRUC. Y hombre de tal condicion
es mas temible que el Draque.
¡Ay del pobre á quien ataque
esa lengua de escorpion!
JOA. Al menos nunca es el blanco
de mi sátira un amigo:
solo á mi rival persigo
y la máscara le arranco.
FRUC. Yo mismo, aunque sea mengua
decirlo, temo que un dia
á mi costa el pueblo ría
si con la pluma ó la lengua...
JOA. ¿Qué va usted á proferir?
¿Yo? ¡Cá! De usted nada digo;
porque de usted, caro amigo...,
nada se puede decir.
FRUC. Pues eso mismo me suena
á epigrama.
JOA. No, no tal.
Es... la verdad. (¡Qué animal!

Le he de poner en escena.)
Soy jóven, vivo en el ocio...
En algo me he de ocupar.

FRUC. ¿Y asi piensa usted medrar?

JOA. Por ahora no hago negocio.
Ya en vano á tres ministerios
importuné de mil modos...

FRUC. ¿Qué han de hacer, si usted á todos
los harta de vituperios?
Toque usted otro registro...

JOA. ¡Es tan facil, don Fructuoso,
tan popular, tan sabroso
el hacer guerra á un ministro!

FRUC. ¡Popular... ¡Fatal idea!
¿Quién fia del pueblo insano,
que hoy adora á un ciudadano
y mañana le apedrea?
Pero el alto funcionario
sirve á un amigo; le emplea...

JOA. Tambien porque no lo sea
suele emplear á un contrario.

FRUC. Sí; de tratos semejantes
muchos ejemplos se han visto.

JOA. Por eso yo me malquisto
con todos los gobernantes.

FRUC. Mas de un modo tan cruel
que ya no admite convenio.
No mezcla usted con ingenio
el azúcar y la hiel.
Vamos, si usted no se enmienda...
Busque usted otro resorte.
Quien medrar quiera en la corte
á ser lisonjero aprenda.

JOA. ¡Yo que veo su agonía
al ministerio adherirme!

FRUC. No señor, que está muy firme.
(Puede que no dure un dia.)
¡Ya ve usted si yo sabré...
y si entenderé el manejo...

JOA. Sí...

FRUC. Tome usted mi consejo,
que le hablo de buena fé.

JOA. Lo tomo, que mi porfia
puede llevarme al abismo,
y el ministerio... Sí; hoy mismo
voy á hacer su apología.—
(Ya la tengo á prevencion
escrita y saldrá esta tarde
impresa.)

FRUC. Haga usted alarde
de la mas pura adhesion...

JOA. Mas el apoyo reclamo
de usted...

FRUC. Sí: salga el folleto,
y es de usted, yo lo prometo,
el ministro de mi ramo.

JOA. Bien: quiero obrar como cuerdo;
mas me voy á fastidiar,
porque debo confesar
que no vivo si no muerdo.

FRUC. Ahi está la oposicion.
Hinque usted el diente en ella.

JOA. ¡Yo, que he seguido su huella
con impávido teson...!
Si atacarla determino
no ha de faltarme materia.
¿Por dónde no hay en Iberia
dos leguas de mal camino?
Un refran me sacará
facilmente de embarazo.
Dijo la sarten al cazo:
¡qué me tiznas! ¡quita allá!
¿Y cómo podré ni cuándo
apoyar al gabinete
sin apuntar el airete
contra el enemigo bando?
Esto es hecho. Tan fatal,
tan desventurado soy,
tan desesperado estoy...
que me hago ministerial.
Dirán hombres importunos
que he cambiado de bisiesto.
Bien. Mil ejemplos hay de esto.
Yo puedo citar algunos.

FRUC. (Desacreditarle espero.)
Coja usted la breva... ¡ Pues...
y mas que digan despues
don Joaquin es pastelero.

JOA. Mucho sentiré que broma
se vuelva todo, y...

FRUC. ¡ Cá ! No.

JOA. Y haga los pasteles yo
para que otro se los coma.

FRUC. Bueno es andar en la masa,
que algo á los dedos se pega.
(*Suena la campanilla.*)

JOA. Bien. Ya veremos... ¿ Quién llega ?

FRUC. Visitas.

JOA. ¡ Doña Tomasa !

ESCENA IV.

TOMASA. DON FRUCTUOSO. DON JOAQUIN. DON HIPÓLITO.

FRUC. ¡ Señora ! Muy bien venida.
¡ Don Hipólito !

HIP. Señores...
¡ Qué veo ! ¿ Usted por aqui,
buena pieza ?

JOA. Sí ; aqui...

TOM. ¿ Dónde
está Manolita ?

FRUC. Adentro
anda en no sé qué labores.
Iré á llamarla...

TOM. ¿ Por qué ?
No quiero que se incomode.
Pues somos de confianza,
yo iré á buscarla. Perdonen
ustedes... ¡ Ah ! don Fructuoso,
veniamos mi consorte
y yo á suplicar á ustedes
que hoy en la mesa nos honren.
Con eso verá Manuela
mi nueva casa y las flores
del jarnidito.

(*Don Joaquin y don Hipólito hablan aparte.*)

FRUC. Mil gracias.
Porque ustedes no lo tomen
á desaire irá Manuela.
Yo cómo en casa del conde,
y siento mucho...

TOM. Otro dia
será.

FRUC. Sí; con mil amores.

TOM. Manuela no faltará,
supongo.

FRUC. ¡Oh! no. Y con el coche
iré yo por ella.

TOM. Bien.
Hasta despues.

ESCENA V.

DON HIPÓLITO. DON FRUCTUOSO. DON JOAQUIN.

HIP. (*Riéndose.*) ¡Hombre, hombre!
¿Qué me cuenta usted?

JOA. De veras.
La sorprendió con el jóven
don Policarpo á sus pies.

HIP. El buen don Claudio Quincoces...
Já, já... Pondria una cara...
Me alegro.

JOA. Echaba los bofes
de cólera.

HIP. Lo celebro,
porque no estamos acordes
en opinion. ¿Y qué dijo?
¿No echó mano de un estoque...

JOA. ¡Imprudentes, temerarios!
esclamó. De accion tan torpe
¿cómo os podreis disculpar?

HIP. Temblando como el azogue
estaria la infeliz...

JOA. No; que ella ríe, y responde:
No te esperaba tan presto. —
¿Pero se echa el picaporte

siquiera, replica el otro,
y se toman precauciones...
Si conforme he entrado yo,
que soy complaciente y dócil,
hubiera entrado cualquiera,
á Dios honra. — No te enojes,
Claudio... — Cuidado otra vez...
Soy de usted, señor de Robles.

FRUC. ¿Y se fué con esa flema?

JOA. Sí señor: como usted lo oye.
Pero conviene advertir
que el mozo es hijo de un prócer
y sobrino de un ministro,
y que don Claudio Quincoces
aspira á ser secretario
de la embajada de Londres.

HIP. ¡Vaya, que es original (*Riéndose.*)
la anecdotilla! Ya corre
por Madrid: ¿eh?

JOA. Todavía...

HIP. Yo la he de contar á voces
en el café; y si tuviera
esa sal de usted...

FRUC. Señores,
son las doce menos cuarto,
y el hombre de obligaciones...
Voy al ministerio.

JOA. ¡Asi!
¡Temprano! Lo superiores
deben dar ejemplo.

HIP. (*En voz baja á don Joaquin.*)
¡Diantre...
¿Temprano, y ya son las doce?

FRUC. Abur. Ustedes se quedan
en su casa. — Hasta la noche.

ESCENA VI.

DON JOAQUIN. DON HIPÓLITO

HIP. El insigne don Fructuoso
no ha conocido la pulla.

JOA. Es tanta su presuncion

que le colmarán de injurias
y él entre tanto dirá
para sí: ¡ cómo me adulan !

HIP. ~~Para un hombre tan discreto~~,
Pues el queda por discreto
tan punzante y tan de bulla
como usted, es una alhaja
un necio asi.

JOA. Tanto abundan
los necios, que adonde quiera
que voy no me falta nunca
alguna víctima.

HIP. Y... vamos;
como usted cuando los zurra
lo hace con tanto salero
y asi... con tanta frescura...
¡No tuviera yo el chirumen
de usted... Porque á mí me gusta
la sátira... ¡ Bub...! Me muero
por ella, y el que la usa
me lleva á mí donde quiera.
Y tambien tengo mis puntas
de epigramático: sí;
mas me falta la sandunga
y asi... el talento de usted.
Ya se ve, cuando no estudia
un hombre... Soy mayorazgo:
sírvame esto de disculpa.

JOA. Ahora me recuerda usted
un epigrama...

HIP. ¡ Oh fortuna !
¿Cómo es? ¿ Cómo es?

JOA. Vale poco...

HIP. Vaya, vaya... Usted se burla.

JOA. Créalo usted.

HIP. Vaya... ¡ Caiga !
Mis dos orejas lo escuchan.

JOA. "¿ A qué gastar el dinero
en comprar caricaturas?
Yo sé de un tonto en Madrid
que da de balde la suya."

HIP. Eh, ge... ¡ Cosa mas chistosa!
¿ Y quién es ese... babucha?

JOA. El primero á quien le cuadre.
Es ideal la pintura.

HIP. ¡Oh! Pues le viene de molde
á mi vecino don Lucas.
Se lo tengo de encajar
esta noche en la tertulia.
Pero no me acordaré.
¡Mi memoria es tan obtusa...!
¿Querrá usted dármelo escrito?

JOA. Sí señor. Venga una pluma...
(*Se pone á escribir.*)
¡Si para usted lo he compuesto!
Como sé que tanto gusta
de estas cosas...

HIP. Gracias, gracias.
¡Consentir que yo lo luzca
con su ingenio!

JOA. Tome usted.

HIP. Pues ya que está usted de chunga,
vaya ahora una saeta
de las que usted acostumbra
contra el ministerio, que eso
es para mí el *non plus ultra*
del regocijo.

JOA. Despues...
esas cosas no se buscan.
Solo se deben decir
cuando buenamente ocurran.

HIP. Pues bien: luego; en la comida...
Porque usted vendrá...

JOA. Sin duda.

HIP. Yo me voy hácia el café,
que á estas horas ya se juntan
cuatro amigos de mi temple
que á decir pestes me ayudan
de todo gobierno humano.
Abur. Usted, que es la suma
galantería, dará
conversacion á mi adjunta
y á la bella Manolita.
Diga usted... Cualquiera escusa...
Que me he ido. La etiqueta,

los cumplimientos me abruman.
Acompañe usted despues
á Tomasa, si no es mucha
la incomodidad.

JOA. No tal.
Yo me honraré...

HIP. Sustituya
usted á su fiel amigo...
Quiero decir que me supla
en lo lícito y honesto.
Cuidado que no doy bula
para mas.

JOA. ¿Qué dice usted?
Esas sospechas me injurian.

HIP. ¡Eh! Ya se cargó. Estos hombres
de todo el mundo se burlan
y no saben aguantar
una chanza.

JOA. Nuestra mútua
sincera amistad me salva
de ofensivas congeturas.

HIP. Lo sé, lo sé; usted á todas,
sean morenas ó rubias,
sean nobles ó plebeyas
y pasadas ó futuras,
las corteja, las persigue,
mas de esa regla esceptúa
las prendas de sus amigos;
moral muy sana y muy justa...
Y además, yo sé que ahora
Manolita es la que triunfa.

JOA. ¡Eh...!

HIP. ¡Vaya por Dios...! ¡A ella,
que es buen bocado la viuda! (*Risa estólica.*)
Ge, ge, ge, ge... Hasta despues. (*Yéndose.*)
¡Qué pájaro!

JOA. No...

HIP. ¡Qué trucha!

DON JOAQUIN.

¡Descomunal dromedario!
Todo eso es materia bruta.
¡Ame usted como á sí mismo
á ese prójimo! Aunque el cura
lo diga, ¿dónde hay virtud
para tanto? ¡Y en coyunda
venturosa vive unido
á tan celeste hermosura!
Abuso que clama á Dios.
Amalgama torpe, absurda.
¡*Tigribus agni!* Es forzoso
que yo... Ella viene.—¿Y la viuda?

ESCENA VIII.

DON JOAQUIN. TOMASA.

TOM. ¿Y mi marido?
JOA. Se fue,
dejándola á usted plantada.
(*Don Joaquin presenta una silla á Tomasa y se sientan los dos.*)
Yo estraño...
TOM. No importa nada:
en casa le encontraré.
Eso de estar en visita
le aburre; y á mí tambien.
JOA. Dejar la visita, bien,
pero á usted... ¡Ah Tomasita!
TOM. Yo le agradezco en el alma
que haga confianza de mí.
JOA. Y debe hacerla: eso sí,
pero... (Me impone esa calma.)
TOM. Estará usted impaciente
porque no viene Manuela.
JOA. No. Lo que mi pecho anhela...
TOM. La han enviado un presente...
JOA. Medrado por su consorte

alguno le recompensa.

TOM. Llenando estan la despensa;
y todo franco de porte.
Ahora confieso mi error:
yo de buena fé pensaba
que solo se regalaba
al dómine y al doctor.
Y Manuela...

JOA. ¡Qué dulzura!
¡Qué inocencia de muger!
¡Y prenda de otro ha de ser
tan celestial criatura!

TOM. ¿De veras? Ya presumia...
Mucho me alegro.

JOA. ¡Qué escucho!
¿Será posible...?

TOM. Sí, mucho.

JOA. ¿Hay dicha como la mia?

TOM. Usted logrará, es forzoso,
el premio de su pasion.

JOA. ¡Oh hermosa! Mi corazon...
Pero si un rival odioso...

TOM. ¿Hay locura semejante?
Usted solo es el querido.

JOA. Pierdo el juicio... ¡Usté... el marido...!

TOM. Marido será el amante.
Cuando se unen de ese modo
dos almas...

JOA. Ah, sí; mi gloria...

TOM. Es segura la victoria.
El amor triunfa de todo.
Yo hablaré...

JOA. ¿Sí?

TOM. Yo prometo...

JOA. ¡Oh placer! ¡Oh...! ¿Cuándo...?
(*La toma la mano.*)

TOM. Pronto.

JOA. ¡Ah! Bien. Pero ese hombre...

TOM. Es tonto.

JOA. Es un animal.

TOM. Completo.—
Pero suelte usted la mano.

¿A qué ahora... (*Retirando la mano.*)

JOA. Sí; el amor...
Perdone usted: el fervor...
¿Me ofrece usted...

TOM. Y no en vano.
Lo principal está ya
vencido, y siendo usted fiel...
Digo que hablaré con él
y todo se compondrá.

JOA. Ya; si el hombre se acomoda...
¿Pero me habla usted de chanza?
¿Cómo...

TOM. Valor, confianza;
y pronto se hará la boda.

JOA. ¿La boda? (*Sorprendido.*)

TOM. Á fé de Tomasa.

JOA. ¿La boda?

TOM. Sí; con la bella
Manolita.

JOA. (*Cortado.*) Sí... ya... ella...
(¡Cielos! ¿Qué es lo que me pasa?)

TOM. Seré su madrina...

JOA. Pero...
Usted no me ha comprendido...
Si yo... (Quedo convencido
de que soy un majadero.) (*Se levantan.*)

TOM. Cuando yo digo... Aqui está
Manolita. Mas á punto...

JOA. (*En voz baja.*)
No la hable usted de ese asunto.

TOM. ¿Qué causa...

JOA. Usted la sabrá.

ESCENA IX.

TOMASA. MANUELA. DON JOAQUIN.

MAN. Perdone usted, don Joaquin.
Ocupada en enojosas
faenas... ¡Qué buen sistema
era aquel de los ilotas
de que usted me hablaba ayer...

¿Dónde era? ¿En París... ó en Rodas?
No me acuerdo. Yo no soy
para una vida tan sosa,
tan mecánica.

TOM. ¿Qué dices?
¿Pues qué hemos de hacer nosotras
sino arreglar nuestras casas?
Si las mugeres no toman
á su cargo esos cuidados
que á tí tanto te incomodan,
¿en qué quieres tú ocuparlas?
¿En la milicia? ¿En la toga?
¿En cazar por esos montes
y en remar por esas olas?

MAN. ¿Y por qué no? Si leyeras
en las antiguas historias,
las proezas te asombraran
de las fuertes amazonas;
de aquella Pentesiléa
que allá en el sitio de Troya...
¿Verdad, don Joaquin?

JOA. Sí; es cierto...
(¡Entre dos fuegos ahora!)

TOM. Sin duda la educacion
de esas mugeres heróicas
sería muy diferente
de la que hoy rige en Europa.
Pero tú... ¿de cuándo acá,
Manolita... Eras muy otra
dos meses hace. En mi ausencia
te has trasformado...

MAN. ¡Oh! La aurora
de un nuevo ser ha brillado
para mí. La piedra tosca
de mi antiguo natural
tomó la sublime forma...
Esplique usted, don Joaquin,
los grandes prodigios que obra
la emancipacion mental.

TOM. ¡Qué lenguaje! Estoy absorta...

MAN. En una palabra, soy...
romántica.

TOM. Deja bromas.
¿Qué romántica, ni qué...
¡Si tú no bas nacido en Roma!

MAN. No, muger. Tú no comprendes...
Pero abra usted esa boca,
don Joaquin: esplique usted...

JOA. Es inútil. La señora
gusta del *statu quo*,
y hacerla entrar en la Norma...

MAN. ¡Norma! ¡Sublime muger!

TOM. Mucho me gusta esa ópera.

MAN. ¡Con qué placer fuera yo
gran sacerdotisa!

TOM. ¡Boba!
La adoran; puede casarse,
y quiere meterse monja.

MAN. Si el cielo me ha condenado
á existencia tan penosa,
tan oscura, tan servil,
¿por qué en mi pecho no ahoga
la *Susceptibilidad*...
¿Lo he dicho bien?

JOA. Sí señora.

MAN. ¿La palpitante energía
que me consume?

TOM. ¿Estás loca?
Yo creo que esas ideas
sublimadas no son propias
de un sexo débil, amante,
apacible. Con las tocas
mal se àvienen varoniles
arranques. Ni es tan odiosa
la suerte de la muger
en un pais donde goza
de racional libertad,
porque los hombres blasonan
de muy galantes. ¡Parece
que estás en Constantinopla!
Y tú que no eres duquesa...
Yo no sé adular; perdona:
¿por qué têmes degradarte
haciendo lo que hacen otras

no de peor condicion
que tú? Para mí la joya
que despues de la virtud
mas á la muger adorna
es ser muger de su casa.
Tengo rentas que me sobran
para dejarme servir
y solo pensar en modas
y en placeres; pero soy
por aficion hacendosa,
y por placer... y por cálculo;
porque de esas que abandonan
los domésticos deberes
dice el vulgo tales cosas...
y no basta ser honradas
cuando el vulgo no nos honra.

JOA. ¡Bien! ¡Divina! (*En voz baja.*)

MAN. ¿Con que quieres
reducirme á ser fregona...

TOM. No, amiga mia. Ni es esa
tu condicion; pero á todas
nos está bien el mirar
por la hacienda mucha ó poca.
Nunca estoy yo mas ufana
que repasando la ropa,
ordenando la despensa,
cuidando de que la alcoba
se ventile, reprendiendo
á criadas remolonas,
tomando cuentas al mozo,
despidiéndole si roba...

MAN. ¡Santo Dios! Eso es vivir...
¡Qué sé yo... Vivir en prosa.
¡Oh clásica servidumbre!
¡Y hay muger que la soporta!

JOA. ¡Bien dicho! (*A Manuela en voz baja.*)

TOM. A mí me daria
vergüenza de estarme ociosa
reclinada en un sofá
y oyendo necias lisonjas
de almibarados galanes,
ó echándola de doctora

en política y leyendo
con comentarios y glosas
el Catalan, el Vapor
y la Revista Española,
y el Manifiesto de Cádiz
y la Proclama de Córdoba.
Yo siempre me ocupo en algo.
Yo Yo plancho una camisola,
solo por avergonzar
con ella á mi planchadora,
Yo ya bordo... Y si es necesario,
cojo tambien una escoba,
muevo yo misma un colchon,
doy un vistazo á la olla...

MAN. ¡Calla, muger! Si no callas,
me va á dar una congoja.

TOM. ¡Es posible...

MAN. ¡Y yo que anoche
estuve en *Lucrecia Borja!*
Quiero decir, en el drama
que de este modo se nombra.
¡Aquella sí que es muger...!
No porque yo me proponga
imitarla en sus maldades.
Pero ¡qué alma tan hidrópica
de agitaciones sublimes!

JOA. (¡Y que quiera yo á esa tonta!)

TOM. Apuesto á que esa muger
no hacia punto de blonda,
ni supo en toda su vida
cómo se hace una compota.

MAN. ¡Ay! ¡Por Dios! ¿Quieres matarme?
Ya se ve; como vosotras,
las clásicas, no sentís...
ni teneis nervios...

TOM. ¿Te enojas?
Yo lo siento. Mi franqueza...
¡Ah! ¡Qué pícara memoria!
Ustedes comen en casa.
No gusto de ceremonias,
pero sí de regalar
á los amigos que me honran.

Hay un plato que te agrada,
y ese le he de hacer yo sola
si ha de de salir á mi gusto.
Me lo enseñó la priora
de la Encarnacion. — A Dios.

MAN. ¡Ah! ¡Guisar tambien!

TOM. ¿Qué importa?
Hasta luego. Que no tardes.

JOA. (*Disponiéndose á acompañarla.*)
Permítame usted, señora...

TOM. Gracias: no. Quédese usted.
De aqui á la calle de Atocha
hay cuatro pasos. Abur. —
No lo permito. — A Dios, mona. (*Se besan.*)

ESCENA X.

MANUELA. DON JOAQUIN.

MAN. ¡Qué francota y qué bonacha!
Solo complacer desea.
Da lástima de que sea
tan clásica esa muchacha.

JOA. Es muger tan material...
Convencerla es vano intento.

MAN. No; no le falta talento.

JOA. Sí... Talento conyugal.

MAN. Mi lógica no hizo mella:
yo hablaba con la pared;
y usted...

JOA. Yo...

MAN. ¡Si ha estado usted
tan prosáico como ella!

JOA. He callado porque advierto
que es clásica impenitente,
y predicar á esa gente
es predicar en desierto.
Ademas, yo estaba en ascuas
ansiando ver á mi encanto
á solas; ¡y ella entre tanto
contenta como unas pascuas!
Acabó el cólera morbo

con millares de inocentes;
¡y no se llevó á esos entes
que solo sirven de estorbo!
No es ella de nuestra masa.
¿Y qué ha de entender de amor
muger que tiene valor
para llamarse... Tomasa?

MAN. Sea usted mas tolerante,
que es mi verdadera amiga.

JOA. Bien, pero que no persiga
á un desventurado amante.
En fin, basta de proemio.
¿Me amas...? ¡De tú!

MAN. Sí... Joaquin.

JOA. Y de tanto amor, en fin,
¿me otorgas el dulce premio?

MAN. Sí; y en venturosa calma...

JOA. ¡Calma, y abrasado estoy...!

MAN. ¿Qué mas quieres? ¿No te doy
mi corazon y mi alma?
¿No ves cuán tierna te hablo...?

JOA. No me has amado jamas,
¡no!

MAN. ¡Cómo...!

JOA. ¡El alma me das!
¿Soy yo por ventura el diablo?

MAN. Si no la quieres...

JOA. Sí tal;
pero el alma á secas...

MAN. ¡Hola!
¿Qué quiere usted? Yo estoy sola...
¿Qué designio criminal...

JOA. No hay crimen donde hay amor.

MAN. La máxima no es exacta.

JOA. Amor no es pasion abstracta,
es...

MAN. Don Joaquin, tengo honor. (*Con dignidad.*)

JOA. Ya lo sé; mas no se trata...

MAN. De ese lenguaje me admiro.

JOA. Pero...

MAN. Basta, ó me retiro...,
y á Dios para siempre.

JOA. ¡Ingrata!

(*Se deja caer en una silla como desesperado.*)

(¡Qué temeraria virtud!
Fuerza es enmendar mi error.) (*Se levanta.*)
Usted con tanto rigor
quiere abrirme el ataud.
¿Es pretension infamante,
es pensamiento villano
pedirla á usted... una mano?

MAN. ¡Ah... la mano... ya... No obstante...

JOA. ¡Cielos, aun vacila, aun duda!
¡Ni una mano que á cualquiera
se la dará en la escalera!
¡Y es romántica! ¡Y es viuda!!!

MAN. Principiante soy aún
en la romántica escuela.

JOA. ¿Perdí ya tu amor, Manuela?

MAN. Te amaré, pero... segun.

JOA. (Ésta se mantiene tiesa
porque aun no la hablé de altar.
Habremos de aventurar
la matrimonial promesa.)
Aun en la rutina gimes
y llena de ideas rancias
son para tí estravagancias
las sensaciones sublimes.
Aun piensas que en el abismo
te has de hundir como Sodoma,
¡infeliz! si en una coma
te apartas del catecismo.
Mas aunque todo á tu amor
ansiara deberlo el mio,
no quiero que tu desvío
me acuse de seductor;
y pues eres tan avara
aun del favor mas liviano,
yo te doy palabra y mano
de ser tuyo al pie del ara.

MAN. Acepto: aqui está la mia.

JOA. ¡Bien mio!

MAN. La mano sola.

JOA. (Dejemos rodar la bola.

Mañana será otro dia.)
No temas que yo pretenda
cosa indigna de una dama;
mas sin arriesgar tu fama
pudieras darme otra prenda.
(Saquemos algun partido.)
MAN. ¿De qué clase? Mi recato...
JOA. No te alteres. Tu retrato.
MAN. Fue prenda de mi marido.
JOA. ¿Con que le heredo por junto,
y no han de tocar tu imagen
estas manos sin que ultrajen
las cenizas del difunto?
MAN. Tienes razon. Eso es cierto,
mas...
JOA. ¿Adónde me conduces,
ingrata? ¡Tú me reduces
á tener celos de un muerto!
¡No mas!!!
MAN. ¡Espera!
JOA. ¡Cruel!
A Dios. En vano ya lidio
contra mi suerte. El suicidio...
MAN. ¡Oh Dios! Tente. Voy por él.

ESCENA XI.

DON JOAQUIN.

¡Bravo lance! El marco es de oro,
y me hallo en tales apuros...
Bien me darán quince duros
por el dulce bien que adoro.
Pues con su cara y su trato
me cautivó esa muger,
lo menos que puedo hacer
es cautivar su retrato.

ESCENA XII.

MANUELA. DON JOAQUIN.

MAN. Hé aqui mi efigie.

Mi amor te la da.
Pendiente del pecho
mi pobre Julian
siempre la llevaba
constante y leal.

JOA. Del mio un instante
no se apartará.
¿Sabes que con ella
la vida me das?

MAN. ¡Qué alma tan romántica!
¡Qué fino galan!
¡Ay! Hasta la tumba
te tengo de amar,
aunque se incomode
mi hermano carnal.

JOA. (*Lleva á su pecho la mano de Manuela.*)
Acerca esa mano.
¿Sientes palpitar...
aqui... mas arriba...
¿Sientes?

MAN. ¡Es verdad!

JOA. Tambien en mi alma
retratada está
esa tu donosa
cara celestial.

MAN. Y quien esto escucha
¡ó Dios de Abraham!
¿cómo podrá luego
coser y planchar?

JOA. Ahora en esta sala
tres Manuelas hay.

MAN. ¿Tres? Yo no comprendo...

JOA. ¿No lo he dicho ya?
Una en miniatura,
otra en realidad,
y otra que aqui tiene
su trono y su altar.

MAN. Dime, ¿y tú retrato,
no me la darás?

JOA. Sí, bien de mi vida.
Eso es natural.
Justamente han dado

en litografiar
á todo viviente
en la capital;
¿y mi linda cara
no se ha de pintar
cuando yo soy una
notabilidad?

MAN. Cuélgatelo al pecho.

JOA. No, déjalo. ¡Cá!
¡Si á un platero amigo
lo voy á llevar!

MAN. ¡Cómo...!

JOA. ¡Aquí una cifra
qué bien estará!
Unida á tu M
mi J. ¿Qué tal?

MAN. ¿Me serás perjuro?

JOA. Jamas. ¡Oh! ¡Jamas!
A Dios, cara esposa.

MAN. ¡Ah...!

JOA. ¡Suspiras! ¡Ah!
Ya que no soy digno
del original,
tu retrato, hermosa,
me consolará.

MAN. ¿Y á mí qué consuelo
me queda en mi afan?
Virtud enemiga,
ventura ideal.

JOA. A Dios. (¡Quince duros!)

MAN. A Dios. ¿Ya te vas?
¡Ay! Hasta la tarde.
A Dios. ¡Ay!

JOA. ¡Ay! ¡Ay! (*Besando el retrato.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.



Acto segundo.

ESCENA PRIMERA.

DON JOAQUIN. DON HIPÓLITO.

HIP. Sentémonos, don Joaquin,
junto á esa fuente serena,
que la tarde está muy buena
y es hermoso mi jardin.

JOA. Pero, señor don Hipólito,
las señoras ¿qué dirán?

HIP. No hay cuidado: ellas vendrán.
¡Siéntese usted, buen acólito!

JOA. Me siento. (¡Qué bruto eres!)
(*Se sientan en un banco de piedra.*)

Hipolito A mí nunca me ha gustado,
y menos desde casado,
conversacion de mugeres.
Cierta ó fingida virtud
sus labios siempre condena,
para muchas no sin pena,
á perpetua esclavitud.
Asi se ven reducidas
á hablar de cosas triviales,
sin las puntas y las sales
que al hombre son permitidas.

JOA. Cierto. Dice doña Viola:
"¡Qué mal tiempo! Hoy no saldré..."
Pero se calla el por qué
desea quedarse sola.
De su cólico fatal

habla Dolores, y no
de la fruta que comió
y la ha sentado tan mal;
y habla del trage Leonor
que ayer estrenó su tia...,
mas no dice lo que haria
por tener otro mejor.

HIP. Las mozas al fin son flores,
y todo en ellas encanta;
¿mas quién la parleta aguanta
de las señoras mayores? —
"Hoy hay nubes en Acuario:
bien lo anuncia mi cabeza.
El calendario lo reza..."
Su fuerte es el calendario. —
"Tal dia como hoy nació
con mil apuros mi Elena,
y yo ofrecí una novena
á la Vírgen de la O.
Al otro año tuve un hijo
robusto como un planeta;
pero mamó mala teta
y se me murió canijo.
El ama era mocetona,
pero tuvo... — ¿Tabardillo? —
No señora... Un trabajillo...
Lo de todas. ¡Picarona!
Nos dejó lelos, absortos.
¿Quién lo creyera? ¡La muy...
Otros once hijos parí,
y no cuento los abortos.
Y mi edad no es tan madura...
Aun vendrá el décimocuarto;
aunque del último parto
se me quebró la cintura.
Mas hoy traerá el ordinario
una vizma de Jaen,
que allí las hace muy bien
un famoso boticario.
¡Con facultades escasas
tanta prole! ¡Qué afliccion!
¡Y las nodrizas, que son

la polilla de las casas...!"
Entra luego el relatar
las gracias de los muchachos,
sus lombrices, sus empachos,
su romper y su chillar.
Y luego las lavanderas,
las criadas... ¡San Benito!
¡Y el artículo infinito
de medicinas caseras!
Otra habla de los ataques
de flato fumando espliego
y anís, y refiere luego
cada bruja sus achaques.
Cuando las oigo ¡qué horror!
yo me pongo climatérico.
¡Y todas tienen histérico!
¿No es fuerte cosa, señor?

JOA. ¡Hola! Sátira completa.
Muy bien.

HIP. ¿Sí?

JOA. Como lo digo.
Ya al lado de usted, amigo,
yo soy un niño de teta.

HIP. Aunque yo no soy muy diestro,
algo hace la aplicacion:
aprovecho la leccion
de tan insigne maestro.

JOA. ¡Oh! Ya lo es usted.

HIP. ¿De veras?
Asi tendrá sucesor
un perjuro, un desertor
que abandona sus banderas.

JOA. ¿Con quién habla usted?

HIP. ¿Con quién?
(*Se levantan.*)
Con usted, que ya comienza
á apostatar. ¡Qué vergüenza!
¿Eso hace un hombre de bien?
¡El apóstol del dicterio,
el zoilo de nuestros dias
escribir apologías...
¿Y de quién? ¡Del ministerio!

JOA. Segun los ministros son...
HIP. Para mí todos son unos.
JOA. Perdone usted: hay algunos...
HIP. Nada: no admito escepcion.
Aun el bueno, este es mi adagio,
la virtud allí abandona,
que la maldita poltrona
tiene un no sé qué... un contagio...
Como soy que no discierno,
se lo digo á usted formal,
cómo un hombre es liberal
hablando bien del gobierno.
Pídanme cien suministros,
pero déjenme, á lo menos,
sean malos, sean buenos,
renegar de los ministros.
Y á mí ninguno me ablanda,
no; sobre esto no se me hable.
Soy enemigo implacable
de todo bicho que manda.
JOA. ¡Mas conmigo regañar...
¡Es posible... ¿Y por qué es eso?
Sin duda por el impreso
que acabo de publicar.
HIP. ¿Pero hay mayor vituperio
que escirbir ese papel?
¿No se ha hartado usted en él
de incensar al ministerio?
JOA. ¡Hombre, si es todo ironía!
Lea usted con atencion...
HIP. Cómo...
JOA. Y por pura irrision
lo titulo apología.
HIP. ¡Qué! No señor: esa es una...
salida de pie de banco.
Usted los pone, sea franco,
en los cuernos de la luna.
JOA. Hombre, por la Vírgen Santa...
HIP. A bien que aqui tengo el pliego,
que se lo he comprado á un ciego.
(*Saca un impreso.*)
Mírelo usted. Carta canta.

:

JOA. ¡Lo ha comprado usted! Me alegro.
Lo leeré con comentarios,
y á ver si los funcionarios...
(Le haré ver lo blanco negro.)

HIP. Como es usted tan gazapo
no estrañaré que consiga...

JOA. ¡Oh! Cuando usted no me diga
que los pongo como un trapo...

HIP. Bien, el desafio acepto.
Vamos leyendo y paseando.
(*Pasean hasta desaparecer.*)
Usted me está chuleando
cual si yo fuera un inepto;
y á fé que en ese capítulo
puedo yo...

JOA. (*Lee andando.*) "Rasgo poético,
político, apologético..."
(*Aparecen por otro lado Manuela y Tomasa.*)

HIP. Dejemos á un lado el título.

ESCENA II.

MANUELA TOMASA.

TOM. Ya que no quieres salir
á paseo...

MAN. Es de mal tono,
es muy clásico el paseo
en un domingo; y me asombro
de que tú...

TOM. Pues bien; si gustas,
sentémonos.

MAN. Me conformo. (*Se sientan.*)
¿Has reparado, Tomasa,
qué sombrero tan airoso
llevaba...

TOM. ¿Quién?

MAN. ¿No la has visto?
La baronesa del Golfo.

TOM. No he reparado.

MAN. ¡Es posible!

TOM. Soy poco afecta á los gorros.

MAN. Pues no eres muger de gusto:
te lo digo sin rebozo.
TOM. No te obligo á que me imites.
MAN. El sombrero da decoro,
señorío, autoridad...
TOM. Yo, que jamas me lo pongo,
no me tengo en menos que otras.
Nunca en pueriles adornos
cifré mi orgullo.
MAN. ¡Qué quieres!
A mí me causa sonrojo
la mantilla. Es en estremo
descarada.
TOM. Vaya; somos
opuestas en todo. Y yo
suelo decirle á mi esposo
cuando me habla de sombreros:
"si yo de honrada blasono
y no debo nada á nadie,
¿por qué he de esconder el rostro?"
MAN. Tú pecas contra la moda.
TOM. Yo no desciendo de loros
ni de monas.
MAN. La mantilla
es anacronismo impropio
de la cultura del siglo.
TOM. Sienta bien sobre los hombros
de una española castiza.
Da mas garbo á los contornos
de un cuerpo meridional
que aborrece los estorbos,
mas brio á su frente altiva,
mas llama á sus negros ojos.
MAN. Contra el sol un sombrerillo
sirve en verano de toldo,
y de abrigo en el invierno
con el aquilon furioso;
y si por cauto ó modesto
no muestra el hechizo todo
del semblante, por lo mismo
se nos mira con mas gozo,
con mas amoroso afan;

que si bien agrada al pronto
la abierta rosa lozana,
hechiza mas el pimpollo
que se esconde entre las hojas
á los ultrajes del Noto.

TOM. ¿Yo sombrero? ¡No en mis dias!
¡Qué mueble tan enfadoso!
Cuando chico, un chapelgorri,
y cuando grande, un biombo.

MAN. Cuando veo una mantilla
recuerdo el: "¡á Dios, Manolo!"
y aquello de: "¡sal del mundo...
te he de comprar un zorongo!"

TOM. Cada cual con sus gustos.

MAN. Y Dios con todos.

TOM. ¡Que viva la mantilla!

MAN. ¡Que viva el gorro!

ESCENA III.

MANUELA. TOMASA. AMPARO.

(*Aparece Amparo mal pergeñada y con un pañuelo en la mano que contendrá algunas ropas de muger y otras alhajas.*)

AMP. (Alli estan.) Señoras mias,
¿puedo pasar adelante?

TOM. Bien venida, doña Amparo.
Llegue usted.

AMP. Muy buenas tardes. (*Se acerca.*)

MAN. ¿Qué doña fulana es esa? (*Ap. con Tomasa.*)

TOM. Una prendera ambulante.—
Ya te contará su historia,
y la historia de su padre.
¡Oh...! —Tome usted esa silla
y siéntese.

AMP. Que me place.
(*Acercando una silla rústica y sentándose.*)
¿Usted lo ha pasado bien?

TOM. Muy bien. Gracias. ¿Y qué trae
de bueno en ese pañuelo

doña Amparo?

AMP. Algunos pares
de medias; cosa de gusto;
dos papalinas de encaje
que aun no se han hecho del agua...
mil cosas : todo de balde;
porque como estan los tiempos
tan fatales, tan fatales...

TOM. (Dios te tenga de su mano.)

AMP. Y luego, ya usted lo sabe,
yo, que soy una señora,
no engaño jamas á nadie.
¡Jesus! Yo no. Me contento
con ganar algunos reales...

MAN. Las mugeres de Castilla
no hablan con tanto donaire.
¿Es usté andaluza?

AMP. Sí;
nacida y criada en Cádiz.

MAN. Ya imaginé...

AMP. Mi familia
es de las mas principales.
Si usté ha estado por allá...

MAN. No he pasado de Getafe.

AMP. Ahi está doña Tomasa.
Ella dirá si mi sangre...

TOM. Con efecto. Usted me ha dicho
que es azul.

AMP. Mi señor padre...

MAN. Fue intendente: ¿no es verdad?
Ó brigadier.

AMP. Es el diantre
esta señora. En efecto,
brigadier, pues.

TOM. Acertaste.

MAN. No es maravilla; que todas (*En voz baja.*)
esas dueñas vergonzantes
ó son viudas de intendentes,
ó hijas de generales.

AMP. El que sirvió la intendencia
fue mi difunto don Jaime...

MAN. Pues.—¿Qué te decia yo? (*A Tomasa ap.*)

AMP. Pero ¡qué de adversidades
sobre una triste familia!
Mi padre murió en Levante
del bubon, el año cinco.
Yo no le alcancé, que el martes
de la semana siguiente
me dió á luz mamá.

MAN. ¡Qué trance!

AMP. ¡Jesus...!

MAN. ¿Con que es usted póstuma?

AMP. Pues, sí, póstuma... por parte
de papá.

MAN. Pues. Ya se entiende.

AMP. Despues se llevó á mi madre
la fiebre amarilla.

MAN. ¡Cielos!

AMP. Y por colmo de desastres
mi malogrado consorte
se murió dos años hace
del cólera...

MAN. ¡Qué dolor!
¿Y el malogrado don Jaime
dejó tambien algun póstumo?

AMP. Un niño, sí, como un angel.—
Póstumo no, que ya andaba;
pero al mes siguiente cae
con sarampion... ¡ay Dios mio!
El corazon se me parte.

MAN. ¿Murió tambien?

AMP. Sí señora.

MAN. ¡Desventurado linage!
¡Cuatro epidemias sobre él!

AMP. ¡Ah! Yo soy la quinta...

MAN. ¡Calle!
¿La quinta epidemia?

AMP. No.
La quinta víctima. Fragil
muger, viuda, abandonada...
Favor me haria en llevarme
Dios para sí.

MAN. ¡Nada de eso!

TOM. (¡Que esta muger no se canse

da hablar!)

MAN. La suerte algun dia...

AMP. (*Hablando y manoteando con fervor.*)
¿Suerte... ¡Si nada me sale
bien! ¡Jesus! ¡Nada! Mi esposo
pertenecia á la clase
de ilimitados, y ¡ni esto
(*Con el dedo en los dientes.*)
me dejó! Los funerales...
Porque soy una señora,
y debia yo portarme
como tal; pues, y el billete
de la diligencia, el viaje,
y la muerte del chiquillo,
acabaron de arruinarme.
Vengo á la corte; pretendo
la viudedad, y me salen
al encuentro... ¿qué sé yo?
con dos mil dificultades.
Al cabo de veinte meses
aun me llevan y me traen
sin cobrar una mesada.
Era preciso ingeniarme,
porque soy una señora
y... en fin, ustedes ya se hacen
el cargo... Tomé un cuartito
ahi en la calle del Cármen,
y puse mesa de juego...
Entre gentes regulares,
por supuesto. Vea usted:
¡era la partida grande! —
Yo siempre como señora.—
Cuatro horitas por la tarde,
y me dejaban seis duros;
pero un comisario alarbe
¡zás! se me entra de rondon,
pilla á todos *infraganti*,
y cuanto gané en tres meses
me lo multó en un instante.

MAN. ¡Qué horror!

AMP. ¡Y, señora y todo,
quiso llevarme á la carcel!

Despues de esto...:

TOM. Sí; despues
se mudó usted á otra parte
y puso casa de huéspedes...

AMP. Sí tal; mas... sin degradarme;
que yo soy una señora,
y no quiero que me tachen...
¡Jesus María! ¡Primero
comerme los codos de hambre!
Pero llebava una vida
de perros, y mis afanes
no alcanzaban á cubrir
mis cortas necesidades.
Hay en Madrid tantas gentes
que viven del hospedaje,
que no es facil sacar jugo
de un arbitrio semejante.
Se lleva una mil petardos;
y luego el vino, la carne,
las verduras; todo está
por las nubes. Mi carácter
no es tampoco para eso;
que yo soy señora...

TOM. (¡Dale
con la señoría!)

AMP. En fin,
ya no dependo de nadie.
Me he dedicado al comercio...
¡Pero sin tienda! Mi sangre
no me permite...

MAN. Ya entiendo.
Comercio de corretage;
movible; no sedentario...

AMP. Pues, y aunque dan en llamarme
prendera, yo soy señora...

MAN. Eso no puede dudarse.
Señora... y de muchas prendas.

AMP. ¿Yo habia de sujetarme
á un mostrador y á servir
á cualquiera que llegase...

MAN. No, mejor es traficar
por las casas, por las calles...

Hay en esto mas nobleza,
y un desinteres laudable.

AMP. Yo visito á mis amigas;
y de paso, que una cambie
sus alhajas por dinero,
ó que por gusto se encargue
de empeñar alguna prenda...
ya usted ve; cuando esto se hace
entre señoras...

MAN. Ya... Sí.

AMP. Con que ¿quiere usted que saque...

TOM. Yo, por mí, no compro nada,
Si usted se vuelve otra tarde...

AMP. Bien: cuando usted guste.

MAN. ¿A ver?
Si algo tiene que me agrade
mi señora doña Amparo,
estoy dispuesta á feriarme.

AMP. Mire usted ¡qué ricas medias!
Parece punto de Flandes.
Doña Paula y sus dos hijas,
bonitas como dos ángeles,
se desojan para hacerlas.
En tres dias cuatro pares;
que es un asombro. El bribon
de don Lorenzo, mal padre,
peor marido, con un sueldo
de veinticuatro mil reales,
las hace vivir remando
y me las mata á pesares.
Como todo se lo chupa
su moza, la hija del sastre...
Usted la ha de conocer.
La Catalina: buen talle,
morena, muy descarada...

TOM. Eso no quita ni añade
valor á las medias.

AMP. No.
Pero es natural que se hable...
Este chal es de Gertrudis,
la muger de don Melquiades
el agente de negocios.

La corteja un comerciante...
TOM. (¡Qué muger!)
AMP. Que sus finezas
paga en lienzos, tafetanes,
merinos... y como el otro
es una especie de cafre
que la cela y... ya usted ve...
TOM. Me precisa el retirarme.
Tengo que hacer allá dentro...
Ya vendré luego á buscarte,
amiga mia. (Está hoy
esa muger intratable.)

ESCENA IV.

MANUELA. AMPARO.

AMP. Vamos á ver si le ajusto.
Seis duros. Es muy bonito.
Ya lo ve usted: nuevecito.
MAN. No le quiero. Es de mal gusto.
AMP. Las papalinas... ¿Qué tal?
MAN. No, que es trage de beatas.
AMP. Las medias... Las doy baratas.
MAN. (Pero ¡si no tengo un real!
Revolveré sin embargo.)
Tengo medias como esas.
AMP. ¿Y este collar de turquesas?
MAN. ¿Cuánto?
AMP. No echaré por largo.
Trescientos reales. Son finas.
MAN. Es caro.
AMP. Bonita hechura...
MAN. No hacen bien á mi figura
turquesas ni papalinas.
AMP. Otro collar, que es barato
siendo tan rico y bien hecho...
Aqui lo llevo en el pecho.
(*Saca del pecho una joya envuelta en un papel, y la desenvuelve.*)
Mire usted... No; es el retrato.
MAN. ¿Retrato? Verle deseo.

¿De quién es la miniatura?
AMP. Dicen que es de una hermosura.
Yo no he fijado...
MAN. ¡Qué veo!
AMP. ¿Qué es eso? ¿Qué novedad...
MAN. ¡Oh traicion! ¡Oh desacato!
AMP. No comprendo...
MAN. ¡Este retrato
es el mio!
AMP. (*Mirándole.*) ¡Y es verdad!
¿Mas por qué tanto despecho?
MAN. ¿Por qué? Si á Dios no mirara...
AMP. Pero...
MAN. ¡Vendida mi cara
como cosa de desecho!
AMP. Y que un retrato se venda
¿es maravilla?
MAN. Gitana
maldita, bruja chalana,
¿quién le dió á usted esta prenda?
AMP. ¡Qué escucho! ¿Usted me desdora?
¿Usted con ese descoco...
MAN. ¡Pérfido!
AMP. Poquito á poco;
que yo soy una señora.
MAN. Bien; señora; archiduquesa,
si usted quiere; emperatriz...
hable usted; pero infeliz
si la verdad no confiesa.
¿De dónde viene esa joya?
¿Quién te la ha dado? ¿Quién eres?
AMP. Las hijas de brigadieres
no hacen ninguna tramoya.
Hoy un mozo me la trajo
de parte de su señor.
MAN. ¿Cómo se llama el traidor?
AMP. ¡Señora! Hable usted mas bajo.
Al amo no le conozco,
que su nombre es un sagrado;
pero conozco al criado.
Sirvió á don Miguel de Orozco...
MAN. ¡Basta...

AMP. Y luego á doña Aldonza...

MAN. ¡Me ha vendido! ¡Ay, aprended, mugeres...

AMP. No; que está usted empeñada en una onza.

MAN. Bien está. Yo me rescato.
¿Fia usted de mí?

AMP. Yo espero...

MAN. Mañana daré el dinero.
Me quedo con el retrato.

AMP. Sí por cierto. Basta y sobra
el verla á usted en la casa
de mi amiguita Tomasa.—
Ya no estraño esa zozobra.
Algun ingrato... Es seguro.

MAN. ¡Qué villana recompensa!

AMP. ¿Quién no llora alguna ofensa
de amante infiel y perjuro?
Yo tambien, señora, á un huésped
quise, y me engañó el cruel;
y eso que reñí por él
con don Matías del Césped...
¿Le conoce usted...

MAN. No sé.

AMP. ¡Buen sugeto! No es muchacho,
mas sobre ser un ricacho
¡me amaba con tanta fé...!
Pero el seductor impío
despues de comerme un lado
¡ay cielos! me ha abandonado.
¡Signo funesto es el mio!

MAN. ¡Qué estremos hizo el ingrato!
¡Y me entrega á una prendera!

AMP. ¡Feliz yo si solo hubiera
de llorar por mi retrato!

MAN. ¡Ay! Se pierde nuestro afan
en el viento, en esas flores;
¡y entre tanto los traidores
de nosotras se reirán!

AMP. El de usted, segun yo creo,
solo la ofende en estátua;
mas yo que he sido tan fátua

que... Le he de ahogar si le veo.
Se esconde el hijo de cabra
hoy aquí, mañana allí...
Mas se ha de acordar de mí
si no cumple su palabra.
(*Va oscureciendo.*)

MAN. ¡Oh!! ¡Suene el fúnebre cántico
para mí!

AMP. ¡Para las dos!
¡Falso!

MAN. ¡Infame! ¿Quién ¡oh Dios!
creyera tal de un romántico?
¡Ay Joaquin!

AMP. ¿Joaquin se llama?

MAN. Sí, don Joaquin es su nombre.

AMP. ¡Santo Dios! ¿Si será ese hombre...
¿Su apellido?

MAN. Valdegrama.

AMP. ¡Él es, él es...! Seductora,
usted me roba su amor.
No sé cómo mi furor...
Pero soy una señora.

MAN. ¡Ah! ¡Me faltaba este oprobio!

AMP. ¡La lechuguina! ¡La bella!
¿Quién es ella, quién es ella
para quitarme mi novio?

MAN. Yo... ¡Dios del cielo, qué furia!
No sabia...

AMP. ¡Accion villana!
Usted me dará mañana
satisfaccion de esta injuria.

MAN. (¡Ay! Yo tiemblo. Si me pilla
sola... ¡Qué bárbaro esceso!)
¿Dónde... ¿Cómo...

AMP. En el repeso
ante un teniente de villa.

MAN. ¿Yo he de sufrir esa mengua?
¿Yo á tribunales citada?
¡Y por quién!

AMP. ¡Calle, taimada...,
ó la arrancaré la lengua!

MAN. Pero ¡señora! por Dios...

¿qué hice yo, pobre de mí?
¿Quién es delincuente aqui?
¡víctimas somos las dos!

AMP. Sí...; víctimas de un infiel...
Culpar á usted es en vano;
él solo... Venga esa mano.
(*Se la da Manuela temblando.*)
Guerra las dos contra él.
¿Dónde vive ese bribon?
Usted bien sabrá en qué casa...
(*Tomasa aparece á lo lejos.*)

MAN. Vive... Alli viene Tomasa.
Si advierte mi agitacion...
Vámonos por aquel lado...

AMP. Sí; tal vez no nos ha visto...
¡Habrá la de Dios es Cristo
cuando te agarre, malvado!

ESCENA V.

TOMASA.

Se marcha con la prendera...
Ya volverá por aqui.
¡La tal doña Amparo! Vamos,
yo no la puedo sufrir
cuando está tan habladora.
Manuela que es tan pueril
mucho se habrá divertido
con su cháchara, que á mí
me hace poquísima gracia.
¡Y qué modo de mentir
la viuda del intendente!
¿Quién pasea por alli?
Ya apenas se ve. ¿Será
mi esposo? No. Es don Joaquin.

ESCENA VI.

TOMASA. DON JOAQUIN.

JOA. Pensé no echarme de encima

hasta mañana al cerril
de don Hipólito. ¡Qué hombre!
En agarrándose á mí...
Su muger, sino me engaño,
ha de andar por el jardin.
¡Qué negros ojos aquellos
y qué cuerpo tan gentil!
Y una pasta... angelical.
Cuando ella sufre al mastin
de su esposo... Alli la veo;
¡y está sola! Soy feliz.
Allá voy. Yo me declaro. (*Se acerca.*)
¿Cómo tan solita aqui,
adorable Tomasita?
¿Es usted el querubin
que guarda este paraiso?

TOM. ¡Qué lisonja!

JOA. No. El matiz
del clavel y de la rosa,
del nardo y del alelí
se marchita cuando usted
se aparece en el pensil.

TOM. ¿Soy yo acaso el crudo cierzo
que se goza en destruir
las flores?

JOA. No, que es usted
la flor mas bella de abril,
y avergonzadas las otras...

TOM. ¡Eh! no sea usted asi.
Si le oyera á usted Manuela
¿qué diria? Porque al fin,
aunque esas galanterías
son inocentes en sí,
como usted pena por ella...

JOA. No señora. Ese es un *quid
pro quo*. Cuando esta mañana...

TOM. ¿Si acabará de venir?
La gaditana sin duda
la estará contando mil
patrañas...

JOA. Acaso esté
paseándose por ahí...

TOM. Vamos los dos á buscarla.
JOA. Si se quiere usted servir
del brazo...
TOM. Con mucho gusto.
JOA. Está hermoso el tiempo.
TOM. Sí.

(*Al retirarse los dos paseando aparece por el lado opuesto don Hipólito.*)

ESCENA VII.

(*Acaba de anochecer.*)

DON HIPÓLITO.

Don Joaquin es el demonio,
pero yo soy muy sutil
y no me la pega nadie.
Él anda ¡qué galopin!
tras de la bella viudita,
y harto será que un desliz...
Él piensa que voy andando
hácia la red de San Luis;
mas del jardin no he salido
y voy á ser su alguacil.
No quiero hacerle mal tercio;
¡nada! dejemos vivir
á todo el mundo, que yo
tambien algun dia fuí
muchacho. Pero me ha entrado
curiosidad mugeril
de oir en tierno coloquio
á ese nuevo paladin
y á la fermosa señora
que le cautiva: es decir,
á una viudita romántica
al estilo de París,
y al pillo mas redomado
que pasea por Madrid.
¿Por dónde andarán? Mas ¡tate!
Entre un sauce y un jazmin
veo dos bultos. Son ellos...;

y se vienen hácia aqui.
Ellos son. Vienen hablando...
¡Pues! La voz de don Joaquin.
Me esconderé entre estos árboles...
¡Cómo me voy á reir!

ESCENA VIII.

TOMASA. DON JOAQUIN. DON HIPÓLITO.

TOM. Sentémonos un poquito.
(*Se sientan Tomasa y don Joaquin.*)
¡Vaya, que es gracioso el cuento!
JOA. ¿Se rie usted de mi amor,
señora?
TOM. Hago lo que debo.
JOA. Al ver esa indiferencia
me aflijo, me desespero.
HIP. (No los oigo bien, y saco
media vara de pescuezo.
Daré un paso mas.)
TOM. Ya basta
de broma. ¡Si no lo creo!
HIP. (¡Dengosa!)
TOM. ¿Cómo es posible
que ame usted á dos á un tiempo?
JOA. ¡Ah! Yo juro que usted sola...
HIP. (¿La viudita tiene celos?
¡Muger al agua!)
JOA. Es verdad
que amé á otra: no lo niego;
mas desde el dia, no sé
si venturoso á funesto
para mí, desde aquel dia
en que vi el hermoso cielo
de esa cara, usted fue sola
el iman, el embeleso
de mi alma. Desde entonces
sentí en ella todo el fuego
del amor, y conocí
que aquel mi primer afecto
ó fue engañosa ilusion

ó capricho pasagero.

HIP. (¡Qué labia, qué labia tiene!
A mí se me está cayendo
la baba de oirle. ¡Es mucho!)

TOM. Se pone usted ya tan serio,
que me obligará á imitarle;
y como hay Dios que lo siento.

HIP. (Esa voz... No sé... Sin duda...
El aire... ¿Qué sé yo...? El eco...)

JOA. ¡Qué! ¿Pudiera yo burlarme
de un dechado tan perfecto
de hermosura...

HIP. (¡Bien!)

JOA. De gracia...

TOM. Menos malo fuera eso
que poner lascivos ojos
en muger que tiene dueño.

JOA. Señora...

HIP. (¿Dueño? No caigo...
¡Ah! Sin duda habla del muerto.)

JOA. Sí; usted depende de otro hombre,
¡y este es mi mayor tormento!

HIP. (Lo dice por don Fructuoso.
Tiene razon, que es un perro.)

TOM. ¡Atentar contra la honra
de un amigo!

HIP. (¿Honra? ¿Qué es esto?)

JOA. Oigame usted...

TOM. Esa accion
no es digna de un caballero.

HIP. (No; esa voz no es de la viuda.
Mas parece ¡vive el cielo!
la de mi muger.)

JOA. Señora,
yo merecería, es cierto,
tan agria reconvencion
si fuese amigo en efecto
de su marido de usted.

HIP. (¡Hay marido de por medio!
Yo soy. ¡Ciertos son los toros!)

JOA. Si le hablo, si le tolero
es por tener ocasion

de ver á usted. Nuestros genios
son opuestos, antipáticos.
Tanto como á usted la quiero...

HIP. (¡Ay! Esto va malo.)

JOA. Al tal
don Hipólito aborrezco.

HIP. (Quedo enterado. ¡Por vida...!)

JOA. Y á no mirar al respeto
que usted me merece...

HIP. (¡Infame!)

JOA. Le diria que es un lerdo...

HIP. (¡Villano! ¡Traidor!)

JOA. Un burro...

TOM. ¡Don Joaquin!

HIP. (¿Y no le estrello?
Pero ella... ¿Quién sabe...? Oigamos.)

JOA. Perdone usted si me escedo.
Al cabo es usted su esposa
y debo algun miramiento
á la desgracia de usted.

HIP. (¡Ah!)

JOA. Pero el amor, los celos...
¿Cómo he de ver con paciencia
en brazos de ese mastuerzo...

HIP. (¡Hem!)

JOA. ¿Un tesoro de gracias?

TOM. Basta. No sufro...

JOA. ¡Un momento!—
¿Entregada á un rudo sátiro...

HIP. (¡Oh!!!)

JOA. ¿La beldad por quien muero?

HIP. (¡Him...!)

JOA. No se impaciente usted.
Aqui, á solas, en secreto
hablo asi; pero en el mundo
no publico sus defectos.

HIP. (Gracias. ¡Bribon...!)

JOA. Y á lo mas
lo que hago es mofarme de ellos.

HIP. (¡Hum! ¡Yo le mato!)

TOM. ¿Y qué importa
que no escuche esos dicterios

el mundo, si yo los oigo?

HIP. (¡Ay! ¡Dios te pague el consuelo que me das!)

JOA. ¡Oh cuánto admiro esa bondad, ese bello carácter! Usted se esfuerza para dominar el tédio con que le mira...

HIP. (¡Ay! Yo sudo. ¿Será verdad? Mucho temo...)

JOA. Y ya que él no haya sabido hacerse amar, á lo menos cierta consideracion..., cierto aparente respeto...

TOM. Sí; yo respeto á mi esposo: mi deber es este; pero...

HIP. (Uf... ¿Qué va á decir?)

TOM. Le amo tambien.

HIP. (¡Oh placer! Á besos me la comeria ahora.)

JOA. (¡Está rebelde! Toquemos otra tecla.) ¡Usted le ama! Verdad será; yo lo creo. Pero prescindiendo ahora de su falta de talento...

HIP. (¡Voto á brios...)

JOA. De su mal tono, de sus modales groseros, de lo obtuso y lo compacto de su figura...

HIP. (¡Hoy me pierdo!)

JOA. ¿Es acaso su conducta digna de un amor tan tierno?

TOM. Yo no tengo queja de él.

HIP. (¡Mona!)

JOA. Pues anda diciendo que usted se casó sin dote ansiosa de su dinero.

HIP. (¡No digo tal!)

TOM. Sentiría que de mí dijera eso.

Él sabe que no es verdad.

HIP. (¡No, hija mia!)

JOA. ¡Y qué desprecio
cuando habla de la familia
de usted! "Unos hidalgüelos
presumidos, pobretones...
Me la entregaron en cueros..."

HIP. (Si este hombre no es un demonio,
no los hay en el infierno.)

TOM. Pobre era; sí, pero honrada.
Y si es verdad que yo debo
mi bienestar al esposo
de mi eleccion, sabe el cielo
que ingrata no soy.

HIP. (¡Divina! —
Yo lloro como un muñeco.)

JOA. Aun no lo sabe usted todo.
Teniendo en casa un modelo
de hermosura y de virtud,
está amancebado...

HIP. (¡Ah perro!
¡Mientes!)

JOA. Con una bolera
jubilada.

HIP. (¡Habrá embustero!)

JOA. ¡Buena cara, pero tiene
una facha de sargento!

HIP. (¡No mas!)

(*Da un paso como para abalanzarse á don Joaquin: oyendo hablar á Tomasa se detiene.*)

JOA. Y no hay que esperar
que ese hombre...

TOM. Basta. Ya es tiempo
(*Se levanta, y en seguida don Joaquin.*)
de que hable yo, señor mio.
Usted ha cobrado aliento
por lo visto al ver con cuánta
paciencia le he estado oyendo.
Pero yo no soy muger
que grito, y me desespero,
y araño como una arpía
al que me dice requiebros.

Sé mi deber, sé cumplirlo;
y necesario no creo
para ser muger de bien
dar un cuarto al pregonero.
Confieso que la insolencia
de usted...

HIP. (¡Chúpate esa! ¡Bueno!)

TOM. No ha merecido la gracia
de mi largo sufrimiento;
pero soy muger al fin,
y, no por ganar trofeos,
sino por la inevitable
curiosidad de mi sexo,
ver he querido hasta dónde
llega el orgullo de un necio.
Ó enamorado está usted
de veras, y lo celebro
porque asi será mas vivo
y eficaz el escarmiento;
ó por vicio, nada mas,
queria ganar mi afecto;
y en este caso, hijo mio,
ha andado usted poco diestro.
Presume usted de famoso
libertino, á lo que veo;
pero en esto de mugeres
no hay seguro reglamento,
que suele dar la mas boba
lecciones á los maestros.

JOA. Señora...

HIP. (¡Ay, boquita de angel!)

TOM. Sírvale á usted de gobierno
que hay ademas de la honra
otro fuerte impedimento
para que ahora, ni nunca,
acceda yo á sus deseos;
y es que gusto yo muy mucho
de mi marido.

HIP. (Lo apruebo.
Me hace justicia.)

TOM. Y de usted...;
nada.

HIP. (¡Bravísimo!)
JOA. Siento
no merecer...
TOM. Mi marido,
con todos esos defectos
que usted encarece tanto,
y algunos que yo le encuentro...,
HIP. (¡Cómo! Eso...)
TOM. Me inspira amor,
y usted...
JOA. ¿Odio...?
TOM. No.—Desprecio.

ESCENA IX.

DON JOAQUIN. DON HIPÓLITO.

JOA. ¡Digo..., y parecia tonta!
¡Vaya, que he quedado fresco!
Mas ¿qué importa? Si esta falla...
HIP. Ahora entro yo de refuerzo.—(*Acercándose.*)
¡Caballerito!
JOA. (¡Esta es otra!)
¡El marido... aqui... Escapemos.

ESCENA X.

DON HIPÓLITO. DON FRUCTUOSO.

HIP. ¡Oiga usted! ¡El que codicia... (*Buscándole.*)
FRUC. Él es.
HIP. La muger agena;
el que...
FRUC. ¡Que sea enhorabuena! (*Abrazándole.*)
¡Apriete usted! ¡Gran noticia!
HIP. ¡Cómo... ¡Qué... ¡Ba... ¿Quién me agarra?
FRUC. ¡Qué dicha!
HIP. Suélteme usted,
que se escapa de la red...
¿Qué noticia? ¿Es de Navarra?
FRUC. No señor.
HIP. (*Sin poder desasirse.*) Pues sin misterio

diga usted... ¡Ah! Se me escapa.
Suelte usted... Ya ¿quién le atrapa?

FRUC. Ha caido el ministerio. (*Sin soltarle.*)

HIP. ¡Bien, bien! Y caiga hasta el nombre
del partido estacionario.—
¡Pero suelte usted, canario!
¿Me quiere matar este hombre?

(*Se desprende de los brazos de don Fructuoso.*)

FRUC. El triunfo ha sido completo...

HIP. Despues podemos hablar, (*Andando.*)
que ahora tengo que ajustar
la cuenta á cierto sugeto...
Y diga usted: ¿quiénes son (*Volviéndose.*)
los candidatos? ¿A ver?
Porque yo les quiero hacer...

FRUC. ¿Visita...

HIP. No.—Oposicion.

FRUC. No hiciera mas un carlista.
¡Si son patriotas! No encuentro
la razon... Vamos adentro,
y leeremos la lista.

HIP. Vamos; ya basta de plática. (*Andando.*)
(Si le cojo, ¡por Santiago...)
Lo dicho dicho: les hago
oposicion sistemática.

FRUC. ¡Oposicion...

HIP. ¡Y tres mas!

FRUC. ¿Y siendo del movimiento...

HIP. Pues bien: hacérsela intento...
para que se muevan mas.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Acto tercero.

ESCENA PRIMERA.

DON JOAQUIN.

(*Sentado junto unà mesa.*)

No hay duda. El marido... ¡pues!
oculto me estaba oyendo,
y hay alli un lance tremendo
si no me valen los pies.
El hombre, lerdo ó no lerdo,
me ha dado un chasco cruel.—
¡Y quizá estaba con él
la Tomasita de acuerdo!
Yo esperaba mil placeres...
¡Pero enamorarse asi
de un hombre tan valadí!
El diablo son las mugeres.
Mucho temo que ese vándalo
por vengar á su Tomasa
venga iracundo á mi casa,
y haya en Madrid un escándalo.
¡Oh! mal pleito fuera el mio;
que la pública moral...
Vamos; soy hombre fatal.
¿Y el otro del desafio?
Porque en un breve epigrama
dije de él que es un cornudo,
en mi sangre el testarudo
quiere vindicar su fama.

¡Vaya, que hay raras manías!
Conmigo ojeriza tanta,
¡y al *quidam* que le suplanta
le hará dos mil cortesías!
Ó es ó no ciervo de Dios:
si lo es, la verdad escribo,
y una verdad no es motivo
para matarnos los dos.
Si, al contrario, á un buen casado
con mi epigrama ofendí,
escriba dos contra mí
y estamos del otro lado.
¡Por una chanza venial
metido en lance tan serio!
¡Y al hundirse el ministerio
hacerme ministerial...!
¡Maldecida suerte! Y luego
tanto acreedor temerario...
Está visto. Es necesario
tomar las de Villadiego.—
Pero este ganso de Lucas
¡cuánto tarda! Mi impaciencia...
Si tomo la diligencia
no paro hasta las Molucas.
Mas si pronto no las lio...—
¿Quién demonios le detiene?
Responderé mientras viene
al cartel de desafio. (*Escribe.*)

ESCENA II.

DON JOAQUIN. LUCAS.

(*Entra Lucas abriendo con un picaporte la puerta que da á la escalera, y se la deja entornada.*)

JOA. ¿Estás aqui ya, jumento?
LUC. ¡Vaya, y por poco me caigo
por correr...
JOA. Bien. (*Sigue escribiendo.*)
LUC. Aqui traigo,
señor...

JOA. Espera un momento.

LUC. (Por servirle me deslomo,
¡y jumento me llamó!
¡Si valiera... Pero yo
tengo ley al pan que cómo.)

JOA. (*Lee el papel que ha escrito.*)
Asi está bien. — "Señor mio,
puesto que á punta de lanza
quiere usted llevar mi chanza,
acepto su desafio.
Supongo que usted no ignora
que en todo tiempo el retado
á su gusto ha designado
el arma, el sitio y la hora.
Pues bien, señor retador,
por sitio á Pequin elijo,
y la hora que le fijo...,
cuanto mas tarde, mejor.
Yo parto, y no tengo saña.
¿Quiere usted seguir mis huellas?
Mis armas son dos botellas
de buen vino de Champaña."

(*A Lucas, cerrando el billete, y lo deja sobre la mesa.*)
Luego que me haya marchado
llevarás este papel
á casa de don Gabriel.

LUC. Muy bien: pierda usted cuidado.

JOA. Ahora, Lucas, dame pronto
cuenta de tu comision.
¿Fuiste á la administracion?
¿Traes billete?

LUC. ¿Soy yo tonto?
Aqui está, valga ó no valga.

JOA. Ya he dicho que hacer mi viaje
quiero en cualquiera carruaje:
en el primero que salga.
Al Levante, al Sur, al Norte...
Con todos vientos navego.
El caso es largarme luego
de esta maldecida corte.

LUC. ¿Qué diligencia, señor,
sale hoy? Esta fue mi arenga. —

La de Zaragoza. — Venga
un billete de interior.
Doy el nombre, tomo, pago,
y listo como un cohete...

JOA. Basta: dame acá el billete. (*Se lo da.*)

LUC. Y luego, cojo ¿y qué hago?
Me voy á la policía;
saco el pasaporte...

JOA. (*Tomando el pasaporte.*)
¡Bravo!
Tu puntualidad alabo.

LUC. Sale el coche al medio dia.

JOA. ¿Hay muchos viajantes?

LUC. Pocos.
Un matrimonio, y el suegro...

JUA. ¡A Zaragoza! Me alegro.
Alli hay hospital de locos.
Y á fé que habrá mas de dos
en él que tengan mas seso
que yo.

LUC. ¡Cá! No diga usté eso.

SER. ¡Alabado sea Dios! (*Entrando.*)

ESCENA III.

DON JOAQUIN. DON SERAPIO. LUCAS.

JOA. (¡Don Serapio! Soy perdido.—
¡Ese animal de bellota...)

LUC. (¡Pecador, que no he cerrado
la puerta! ¿Qué digo ahora?
Yo me escurro.)

ESCENA IV.

DON JOAQUIN. DON SERAPIO.

SER. Buenos dias,
amigo mio.

JOA. (Este posma
me faltaba.)

SER Si está usted

ocupado, si incomoda
mi visita...

JOA. Nada de eso,
don Serapio. Usted me honra
demasiado...

SER. Pues entonces,
si usted á mal no lo toma,
me sentaré. (*Lo hace.*)

JOA. (¡Santo Dios!
¿Quién me libra de esta mosca?)
Señor don Serapio, hoy tengo
ocupaciones forzosas...
Tengo que salir... Si usted...

SER. Mi visita será corta.
Hoy no traigo mas objeto
que el de saber si usted goza
de buena salud.

JOA. Mil gracias.
(¡Nada me pide! Me asombra
tal esceso de bondad!)
A mí la salud me sobra.
¿Y usted?

SER. ¡Eh! Vamos tirando.
Mientras siga asi la atmósfera...
De paso tambien venia
á cobrar esa bicoca...

JOA. (Ya decia yo que este hombre...)
Sí; ya entiendo: las nueve onzas...

SER. Perdone usted: tres mil reales.

JOA. ¡Ah! sí, sí.

SER. Cuenta redonda.

JOA. Usted me dió cuatro y media...

SER. Y los intereses montan
doble y un pico...

JOA. ¡En tres meses
el ciento por ciento! Es cosa
de estremecerse.

SER. Amiguito,
con los agios de la bolsa
escasea el numerario;
y agregue usted la discordia
civil, las malas cosechas,

y los rezagos del cólera...

JOA. Es verdad, y usted merece
mi gratitud... (¡Mala bomba...!)

SER. Y tres mil reales, al cabo,
¿qué son para una persona
como usted?

JOA. Son tres mil reales.

SER. Pues; que en un dia de fonda
se gastan.

JOA. Bien: yo estoy pronto
á pagar...

SER. ¿Sí?

JOA. Pero hay otras
atenciones que cubrir...

SER. No serán tan perentorias...

JOA. Si usted quisiera esperar
hasta la semana próxima...

SER. No, no puede ser.

JOA. Espero
dos letras de Barcelona.

SER. No puede ser. Se ha cumplido
el plazo, y á mí me acosan
para el subsidio, y la paja.

JOA. (Esa sea la que comas
toda tu vida.)

SER. Y los frutos
civiles... Ni es esta sola
la cuenta que...

JOA. Al zapatero
debo seis pares de botas...,
se lo digo á usté en confianza;
y no cuento las remontas.
Ya ve usted; un artesano
es antes...

SER. ¿Usted se apoca
por eso?

JOA. Y es natural.

SER. Yo sé que el maestro de obra... (*Estornuda.*)
prima esperará.

JOA. (*Saludando.*) ¡Jesus!

SER. Gracias. (Menos ceremonias
quisiera yo y mas dinero.)

JOA. ¿Pero usted en qué se apoya
para asegurar...

SER. (*Saca un papel, y en seguida lo guarda.*)
- En este
papelito en que me endosa
su crédito. Yo le he dado
los dos tercios de la cuota
y está muy agradecido.

JOA. Es resignacion heróica.
Pero el caso es que á mi sastre...

SER. ¿El de la calle de Atocha?

JOA. Le debo cuarenta duros,
y es hombre que me sofoca...

SER. Tambien tengo aqui su cuenta.
Le dí por ella seis doblas
de á cuatro duros.

JOA. ¡Pero, hombre...!

SER. Y no piense usted que llora
por lo perdido. Al contrario.
Me dijo con mucha sorna:
lo que falta hasta el completo
de la cuenta que usted campra
iba demas en el paño,
forros, botones y borlas.

JOA. ¡Qué modo de especular!
Ni judíos de Liorna...

SER. ¿Qué quiere usted? Hoy en dia
la industria se desarrolla
en todos sentidos. Unos
con deuda interior negocian,
otros con deuda esterior.
Yo por no hacer bancarrota
especulo en la doméstica;
especie de lima sorda
que enriquece sin escándalo;
mina vírgen que se esplota
con paciencia y con ingenio;
papel que nadie ambiciona,
y como no hay concurrentes
me hace á mí la olla gorda;
papel en fin que no alteran
contratiempos ni derrotas,

y ni paga corretage
ni está sujeto á reformas.

JOA. Averiguando primero
si es hombre el deudor que goza
de rentas, si hay garantías...

SER. Es claro: ahi está la historia.

JOA. (Pues si fias en mis rentas
de aqui á cien años no cobras.)

SER. Pero hay gentes en Madrid
de brillo y de trapisonda
que sin sueldo ni heredades
disfrutan la *vita bona*,
ya escribiendo, ya jugando,
ya porque á su cargo toman
comisiones reservadas,
ó ya en fin porque enamoran
hasta agotar sus gabetas
á una dueña quintañona.
Tambien sus deudas negocio,
y quizá primero que otras,
si es moderada la suma
y la ganancia no es floja.

JOA. (¡Diablo de hombre!) Mas sin fincas,
diga usted, ¿quién los abona?

SER. Su vanidad. Mas conviene
que el acreedor sea porra,
que no los deje dormir,
que los siga á sol y á sombra,
y que alli los acometa
donde mas los abochorna;
en el café, *verbi gratia*,
en el Prado, entre señoras...

JOA. (¡Este hombre es un asesino!)

SER. Si no basta, se alborota
el barrio del insolvente,
se pide auxilio á la tropa,
y se le cita al repeso,
y se le mete en chirona...

JOA. ¡Basta! ¡Basta!

SER. Y se le quita
de casa en casa la honra;
se le acusa en los periódicos...

JOA. Vamos, ya basta de bromas.
SER. Bromas... ¡pues! que con usted
no se entienden esas formas
legales, porque supongo...
JOA. Sí señor; usted suponga...
¿Sabe usted que es una empresa
la de usted muy meritoria?
SER. ¡Vaya! Con ella hago muchas
obras de misericordia.
Hombre hay que no cobraria
ni en un siglo si mi bolsa
no remediara su crédito.
JOA. Y mi pecho, que blasona
de agradecido, jamas
olvidará, ni en la losa
del sepulcro, esa fineza
desconocida en la historia.
¡Pagar á mis acreedores!
(*Abrazándole.*)
¡Oh alma noble y generosa!
SER. ¡Por Dios, señor don Joaquin!
¡Por Dios! Usted me sonroja.
Yo no merezco... Lo que es
esas cuentas... por ahora...
JOA. ¡Gracias; no esperaba menos...
Con que, abur... (*Despidiéndole.*)
SER. Pero la otra
me la habrá usted de pagar
en el acto.
JOA. ¡Dale bola!
¡Si no tengo un cuarto!
SER. ¡Vaya!
Yo sé bien que á usted le sobra
para sus vicios...
JOA. ¡Ni un cuarto!
SER. Yo tambien admito joyas...
JOA. Todas las tengo empeñadas.
SER. Y muebles, y alguna ropa;
colchones...
JOA. Ya no hay paciencia.
Vil usurero carcoma,
¿quiere usted dejarme en paz?

SER. Ni dicterios ni lisonjas
me harán mudar de propósito.
¿Afloja usted, ó no afloja?
Yo no me muevo de aqui
mientras no pille la mosca.

JOA. ¿No...? ¿Ve usted ese balcon?

SER. Sí. La pregunta es ociosa.

JOA. Pues ó me tiro por él,
ó le tiro á usted. Escoja.

SER. ¿Que escoja yo?

JOA. Sí señor.

SER. Pues la eleccion no es dudosa.
Tírese usted.

JOA. ¡Vive el cielo...
(*Va á asirle, y se detiene.*)
Mas si mi furia le arroja
á la calle es muy capaz
de no morirse esa momia
infernal, y pagaré
despues la cura y las costas.—
¡Váyase usted!

SER. No me voy.

JOA. Bien: aqui tengo pistolas...
(*Saca del bolsillo un par de pistoletes.*)
Siempre las llevo conmigo.
(Descargadas, mas no importa:
metámosle miedo.)

SER. Entiendo.
A cuenta de las nueve onzas
y pico... Pero ¿qué puede
valer eso? Poca cosa.
No doy por ellas un duro.

JOA. ¡Miren qué salida ahora!
No es eso. Tome usted una,
otra yo, estalle la pólvora,
y muera el mas ruin.

SER. No acepto
el duelo: es costumbre goda
y temeraria... ¡Vecinos...

JOA. ¡No grite usted! ¡Punto en boca,
(*Apuntándole con la pistola.*)
ó le hago aqui un chicharron!

SER. (Es que... en verdad... si me sopla
un tiro...) (*Retrocediendo.*)

JOA. ¡Voto á... ¿Usted quiere
forzarme á una accion impropia
de un caballero? Yo soy
libertino, mala cholla,
vicioso; lo que usted quiera;
mas no merezco la nota
de criminal todavía.
Usted es quien me provoca
á serlo. Váyase usted,
ó disparo ¡y arda Troya!

SER. (De veras va, que echa llamas
por los ojos y la boca.)
¡Quieto! Si... Me voy... (Mañana
volveré con una ronda.)

ESCENA V.

DON JOAQUIN.

¡Uf! Sudo como un gañan.
Si no acudo á la pistola,
aqui se está todo el dia,
y sale sin mí la góndola.—
¡Lucas...! No responde. ¡Lucas!
(*Acercándose á la puerta por donde se fue Lucas.*)
Durmiendo está: y ¡cómo ronca
el bárbaro!—¡Lucas!

LUC. (*Dentro.*) Voy.

JOA. ¡Pues alabo la pachorra!

ESCENA VI.

DON JOAQUIN. LUCAS.

JOA. ¡Vamos, hombre! Ya estoy ronco
de dar voces. ¡Qué estafermo!

LUC. ¡Si yo no oigo cuando duermo! (*Bostezando.*)

JOA. Tú no eres hombre. Eres tronco.
Siempre te estoy repitiendo:
ten cuidado con la puerta,

¡y te la dejas abierta!

LUC. Como venia corriendo...

JOA. Yo no he visto un animal
de entendimiento mas romo...
Mas con paciencia lo tomo,
porque al fin eres leal.

LUC. Su merced me hace justicia.
Yo no soy hombre que siso...
(Nada mas que lo preciso;
y esto lo hago sin malicia.)
Vaya, usted no le hallará
ni mas fiel ni mas sufrido;
¡y aunque me lo ha prometido,
sin desasnarme se va!

JOA. ¡Pobre Lucas! Esa empresa
á mi fuerza es superior.
Siempre tendrás...

LUC. ¿Qué, señor?

JOA. El pelo de la dehesa.

LUC. ¿Hay mas que cortarlo? Pronto...

JOA. Y es un cargo de conciencia
querer dar inteligencia
al feliz que nace tonto.

LUC. ¿Por qué?

JOA. En la razon me fundo.
Tú duermes como un liron,
tú comes como un lechon
y dejas rodar el mundo.
Aunque animal, eres manso,
de buena organizacion,
y con cierta inclinacion
al saludable descanso.
Que otro mas placeres goce
no ha de alterar tu semblante.
Con poco tiene bastante
quien lo mucho no conoce.
Si aunque eres sufrido y fiel
te despide un amo injusto,
podrás decir: soy robusto,
me haré mozo de cordel.
Esa condicion servil
que es para tí el bien supremo,

asi se acomoda al remo
como al pico y al fusil.
Nunca el adverso destino
podrá turbar el reposo
del hombre que es venturoso
con una copa de vino.
¿Qué ha de llorar ni temer
una acémila asturiana
sin miras para mañana,
sin recuerdos para ayer?
Ni todo burro ha llevado
hasta morir una albarda.
Quizá la suerte te aguarda
algun destino elevado.
Como de esos majaderos
de la mañana á la noche
á su casa añaden coche
y á su sueldo cuatro ceros.
Y asi Dios me dé el Perú
para mis gastos urgentes,
como yo he visto intendentes
mas gaznápiros que tú.

LUC. Siendo asi, quizá me encaje
algun dia una entindiencia...

JOA. ¿Llevaste á la diligencia
mi cofrecillo de viaje?

LUC. Sí; ya lo han puesto en el coche.
¿Lo demas dónde lo apaño?
¿En aquel bolso tamaño...

JOA. Pues; en el saco de noche.
Nada debo, y es portento,
al casero atrabiliario.
Tú ya has cobrado el salario...

LUC. Y con dos duros de aumento.
Quien me diga que usté es malo...
(*Sacando unas monedas.*)
Sobran aqui treinta reales
de la cuenta de hoy... Cabales.

JOA. Guárdalos: te los regalo.
Te pago de esa manera
las injurias que te he dicho.

LUC. Si da usté en ese capricho

injúrieme cuanto quiera. —
¿Cuándo entregaré las llaves?
JOA. Cuando lleve lo que queda
el chalan de la almoneda.
A las dos vendrá: ya sabes.
Ahora voy á que me dé
lo que el baratillo importa;
luego una visita corta...
LUC. Bien, señor.
JOA. No tardaré.
LUC. ¿No toma usted un refuerzo...
JOA. Ese recado urge mas.
Mientras salgo y vengo, irás
preparándome el almuerzo.

ESCENA VII.

LUCAS.

Desacomodado ahora,
pobre Lucas, ¿qué haces tú?
Yo estoy, sea dicho en paz,
rollizo como un atun,
y Dios me da por castigo
la correa y la salud;
y, como ha dicho mi amo,
aun que no entiendo la Q,
coger puedo un azadon
ó cargar con un baul.
Pero tenderme á la larga
es mi gloria y mi *don-plus*;
y el oficio de criado
es despues del de tahur
el mas momio y regalon
cuando uno da con algun...
asi con un señorito
de lozana juventud
que anda siempre en diversiones,
y en sus amores, y en sus...
Quitar el polvo á la ropa,
dar á las botas betun;
ahora llevar billeticos

á damas de sangre azul,
ahora á tomarle luneta
porque hay ópera en la Cruz,
ahora á empeñar la camisa
porque perdió en un albur
el último peso; luego
decirle á un inglés: no hay mus...
Nada de esto hace sudar;
y á media mañana, abur,
hasta la noche. Entre tanto
duerme uno como un gandul,
y en dejándose llamar
elefante y avestruz...
¡Pero con cuánto despejo
me lo dice mi amo... ¡Uh!
Otro don Joaquin no le hallo
ni aqui, ni en Calatayud.—
Voy, voy á hacerle el almuerzo...
¡Por vida de Bercebú,
que no hay pan...! Iré á la tienda
en un instante...

(*Abre la puerta, y se entran de rondon don Hipólito y Tomasa.*)

ESCENA VIII.

TOMASA. DON HIPÓLITO. LUCAS.

LUC. ¡Jesus!
¿Quién se entra aqui?
HIP. No te asustes.
LUC. Pero eso no está en el orden.
Yo... aqui... Mi amo no está en casa...
HIP. No importa.
LUC. Pero, señores...
HIP. Yo soy amigo de tu amo.
Y no sé por qué se esconde...
LUC. ¡Dale bola! ¡Si ha salido!
HIP. (*Mirando su reloj.*)
Son poco mas de las once.
¿Cómo salió tan temprano?
¿Volverá?

LUC. Sí; que á las doce
le esperan... (Ya la ensucié.)
No; no volverá... (Soy torpe
si los hay.)

HIP. Le esperaremos.

LUC. Es que...

HIP. ¿Temes que le robe?

LUC. No señor, pero...

HIP. No temas,
que si hay casas en la corte
aseguradas de incendios,
esta lo está de ladrones.

LUC. Pero... yo, sin conocer...

HIP. ¡Bribon! ¿Y ahora me conoces?
(*Dándole dinero.*)

LUC. Sí... yo creo que esa cara...
(*Tomando el dinero.*)
Y con tan buenos informes...
Quédense ustedes si gustan,
pero es preciso que aboguen
por mí si despues el amo
me dice que soy un drope.
Ahora tengo que salir...

HIP. Pues vete.

LUC. Ustedes perdonen...
(Es imposible que venga
á robar la casa un hombre
tan campechano.) Por Dios,
aunque la calle alboroten
no abran ustedes á nadie.
Yo me llevo el picaporte.

ESCENA IX.

TOMASA. DON HIPÓLITO.

TOM. ¡Te has empeñado en venir
á casa de ese tronera!

HIP. ¡Y mucho! ¡Y habrá quimera!
Los sordos nos han de oir.
¡Intrigante! ¡Bribonazo!

TOM. Como no haya desafio...

HIP. Bien, bien.
TOM. Es que no me fio.
No te soltaré del brazo.
Yo te vi salir de casa
furioso, y por eso vengo...
HIP. Pues mira, si me contengo...
¡hum... lo haré por tí, Tomasa.
Pero que en el cuerpo á mí
se me quede la postema,
no en mis dias. ¡Si es ya tema!
TOM. ¡Que siempre has de asi!
¿No era mas prudente...
HIP. Quiero
desahogar mi bilis, ¡pues!
y decirle aqui las tres...
TOM. ¡Oh...
HIP. Verdades del barquero.
(*Llaman á la puerta.*)
¿Pero no han llamado? Quita:
él es; ese lenguaraz...
Voy... ¿Quién es?
MAN. (*Dentro.*) Gente de paz.
TOM. ¡Es la voz de Manolita!
HIP. ¿Y qué motivo forzoso
la puede traer ahora...
TOM. Abre.
(*Abre don Hipólito la puerta, y entran Manolita y don Hipólito.*)

ESCENA X.

TOMASA. MANUELA. DON HIPÓLITO. DON FRUCTUOSO.

MAN. ¡Qué veo!
FRUC. ¡Señora!
HIP. ¡Señorita!
TOM. ¡Don Fructuoso!
HIP. Ustedes estrañarán...
MAN. Tú no esperabas, Tomasa...
TOM. Tú, viéndome en esta casa...
FRUC. Ustedes se admirarán...
HIP. Señores, yo tengo quejas
del traidor de don Joaquin,

claro; y no he de irme sin...
calentarle las orejas.

FRUC. ¡Calle! Yo traigo tambien
ese objeto.

HIP. ¿Quién aguanta...

MAN. Y yo tambien.

TOM. ¡Vírgen Santa!
Esto va á ser un belen.

ESCENA XI.

TOMASA. MANUELA. DON HIPÓLITO. DON FRUCTUOSO. LUCAS.

LUC. ¡Qué veo! ¡Perdido soy!
(*Entra con un panecillo en la mano y cierra la puerta.*)
¡Tanta gente...

HIP. Amiga toda.

LUC. Esto parece una boda.
(¿Qué haré? ¿Me quedo, ó me voy?)
¿Qué dirá mi amo?

HIP. Pazguato,
somos de casa: lo he dicho.

LUC. Pero ¿qué raro capricho...

HIP. Queremos darle un buen rato.

FRUC. Ahi tienes esa propina. (*Le da dinero.*)

LUC. ¡No es cosa el caudal que junto!—
No se hable mas del asunto.
Yo me voy á la cocina.

ESCENA XII.

TOMASA. MANUELA. DON HIPÓLITO. DON FRUCTUOSO.

MAN. (Yo le diré al seductor...)

HIP. Le tengo de echar mas ternos...

FRUC. Yo opino por escondernos
cuando venga...

HIP. Es lo mejor.
Y cuando menos lo espere
salimos aqui los cuatro...

FRUC. ¡Eso! Un golpe de teatro.

MAN. (Si hoy de rubor no se muere...)

(*Vuelve Lucas, y pone la mesa para que almuerce su amo.*)

ESCENA XIII.

TOMASA. MANUELA. DON HIPÓLITO. DON FRUCTUOSO. LUCAS.

LUC. La mesa; que vendrá luego,
y por Dios...

MAN. (¡Ese hombre come!)

LUC. Déjenle ustedes que tome
un bocado con sosiego.

HIP. No hay cuidado; pon la mesa.
¡Si nos vamos á esconder...
¡Pues! para darle el placer...

LUC. Entiendo.

MAN. De la sorpresa.
(*Llaman á la puerta.*)

LUC. Ya ha llamado. Ya está aqui.
(*Todos á media voz.*)

FRUC. ¿Y dónde...

LUC. En aquella alcoba.

FRUC. ¡Silencio...

HIP. Corre tú, boba.

MAN. (¡Hombre aleve...)

LUC. Por alli.

(*Entran por la puerta que les indica Lucas, abre éste la de la escalera y entra don Joaquin.*)

ESCENA XIV.

DON JOAQUIN. LUCAS.

JOA. Despacha: dame el almuerzo.

LUC. Ahora lo voy á servir.
(*Vase, y vuelve al instante con el almuerzo.*)

JOA. Esto es hecho; yo me voy:
no es la corte para mí.
Respiremos otros aires...
¿Qué me das?

LUC. Una perdiz.

JOA. ¡Pobre avecilla! Recuerdo
que incauto como ella fuí...
Pero aun me quedan las alas.
¡Lucas! Me voy de Madrid.

LUC. No se vaya usted, señor.
JOA. ¿Quién puede vivir aqui?
¡Son tan injustos los hombres!
Yo que no soy un cerril
en mofarme de los tontos
me acostumbro á divertir:
y en lugar de agradecerme
que yo los desasne asi,
se amoscan, me desafian...
Me voy, me voy de Madrid.
¿No es natural que yo quiera
lucir mi cuerpo gentil?
¿No es justo que yo blasone
de elegante en el vestir?
Me mando hacer un vestido
á la moda de París;
pero el sastre no agradece
que yo soy un figurin,
y se empeña en que le pague...
¡Lucas! Me voy de Madrid.
En política es aciago
el signo con que nací.
Si enemigo, me desprecian;
si adulo, me llaman ruin.
A un hombre sin opinion
le dan un mando civil;
yo tengo treinta opiniones,
¡y nada me dan á mí!
LUC. ¡Qué crueldad! ¡Qué despotismo!
JOA. Me voy, me voy de Madrid.
Con esta maldita fama
de satírico y hostil,
no habiendo un hombre de pro
que sea mi amigo...
LUC. Sí,
que yo me precio de serlo...
JOA. Eso es lo que iba á decir.—
No hay un necio, no hay un asno
que no delire por mí.
¡Lucas! Decidido estoy.
¡Lucas! Me voy de Madrid.
Cuando alguna dama bella

me acepta por paladin,
todo el corazon que tengo
me lo pide para sí;
y yo como pan bendito
lo deseo repartir;
que hay muchas necesidades
en el sexo femenil.

LUC. Tiene usted razon. Las pobres...

JOA. Me voy, me voy de Madrid.
Juré incauto ser esposo
de alguna..., y es tan pueril
que me acosa recordando
la palabra que la dí;
mas si ya no la he cumplido
no es por ser ingrato y vil,
sino porque estoy seguro
de que la haria infeliz.

LUC. Como es usted tan sensible...

JOA. ¡Lucas! Me voy de Madrid.
Y ¡asómbrate! en una villa
donde se ven rebullir
tantos hombres cuya honra
no vale un grano de anís,
á mi amor una Lucrecia
no se ha querido rendir.

LUC. Será muy lindo el marido...

JOA. No tal, que es un javalí.

(*Asoma don Hipólito contenido por Tomasa.*)

¿Has visto mayor infamia?
Me voy, me voy de Madrid. (*Se levanta.*)

LUC. ¡Ay que lástima! La corte
debe vestirse de luto.

JOA. Vamos; ¿tienes prevenido
el saco de noche?

LUC. Al punto
lo traigo. (*Vase, y vuelve con él.*)

JOA. Las once y media; (*Mira su reloj.*)
y yo atraso once minutos...
Ya es hora de irme acercando...

LUC. Aqui está el saco noturno.

JOA. Pues vé delante con él
mientras estos papeluchos

(*Mete en una cartera de viaje varios papeles que tenia en el bolsillo.*)

coloco yo en la cartera.

LUC. (Por si ahora le dan un susto
los amigos que le aguardan,
me alegro de huir el bulto.)

ESCENA XV.

DON JOAQUIN. DON HIPÓLITO.

JOA. Quiera Dios que en el camino
no encuentre á algun importuno,
que fuera chasco por cierto...

HIP. ¡Alto ahí, compadre Curro!
(*Dándole por detras un golpe en el hombro.*)

JOA. ¿Quién... ¿Qué veo...

HIP. ¡Amigo ingrato!
¡Marcharse por esos mundos
sin despedirse de mí!

JOA. Escúseme usted. Asuntos
urgentes me han obligado...

HIP. Déjese usted de repulgos
de empanada: usted se fuga
por librarse de mi justo
furor...

JOA. No sé qué motivo...

HIP. ¿No? ¡Voto á Crispo Salustio...!
¿Olvida usted lo de anoche...

JOA. ¿Lo de anoche...? ¡Ah! Ya barrunto...

HIP. ¿Piensa usted que somos sordos?

JOA. ¿Quién resiste á los impulsos
de una pasion? Ya ve usted...
Yo no he nacido cartujo...
¿Y al cabo qué ha sucedido?
Su honor de usted queda puro.

HIP. Ya...; sí. ¿Pero sabe usted
que soy hombre que no sufro
ancas de nadie, y que yo
no necesito de adjuntos?

JOA. Pero si fuí desahuciado,
¿á qué ahora esos escrúpulos?
Antes debiera usted darme

las gracias...

HIP. ¡Yo!

JOA. Por el triunfo
que yo le proporcioné
tan á costa de mi orgullo.

HIP. ¿Y la dañada intencion?
¿Y la perfidia, el abuso
de confianza, las injurias
que ese labio atroz, perjuro,
descerrajó contra mí?

JOA. ¿Qué quiere usted...? ¡Si pierde uno
la cabeza...!

HIP. Para hacer
á una dama cuatro arrullos
¿es tan preciso el decir
que su marido es un bruto?

JOA. ¿Es posible...?

HIP. Sí señor,
sí señor; usted me puso
en parangon... no recuerdo...
no sé si fue con el buho...,
si con el sátiro...; en fin,
con un animal cuadrúpedo.

JOA. ¡Grave error! Usted no tiene
cuatro pies, y es un absurdo...

HIP. ¿Cómo...?

JOA. Digo que en la suma
me equivoqué.

HIP. ¡Por San Bruno
que no sé cómo reprimo
la comezon de mis puños!

JOA. Eso, poco á poco...

HIP. Pero
porque no murmure el vulgo,
y puesto que usted se marcha,
de lo cual me congratulo,
vaya bendito de Dios,
y vuelva usted... cuando el humo.
Pero no sería estraño
que, como es usted tan chulo;
me honrase con algun lindo
epigrama de los suyos.

Si tal hace usted, y llego
á averiguarlo, le juro
por quien soy que mi venganza
dará que hablar... á los mudos.

JOA. No señor: antes diré
que en sus obras y discursos
es usted un hombre de oro,
y él único para el yugo...
matrimonial.

HIP. Bien; muy bien.
¡Y no hay que decir insultos
de mi muger...

JOA. ¡Oh! Jamas.
Diré que, amable conjunto
de gracias y de virtudes,
el mayor mérito suyo...
es ser esposa de usted.

HIP. ¡Eso se llama ser justo!
Quedo satisfecho. Abur.

JOA. A Dios... (Lo dicho: es un burro.)
(*Al irse le sale al encuentro Manuela.*)

ESCENA XVI.

MANUELA. DON JOAQUIN. DON HIPÓLITO.

MAN. ¡Detente, sacrílego!

JOA. ¡Cielos!

MAN. ¡Vil, ingrato!

(*Don Joaquin va á interrumpirla varias veces, y no lo consigue.*)

¿Qué es de mi retrato?
Di: ¿qué has hecho de él?
No respondas, pérfido.—
¿Y un alma española
procede...— Yo sola
quiero hablar; infiel.
Si fuera amor cándido
lo que fue capricho...;—
¡Que calles he dicho!—
Buena estaba yo.
¡Fie usted de lágrimas...
Ruin, mal caballero...

¿Piensas que te quiero?
No hay tal cosa; no.
Cuando oí tus súplicas
estaba yo loca...—
No chistes la boca;
que vas á mentir.
Si á contar tus crímenes
mi labio comienza,
aqui de vergüenza
te vas á morir.
Ya tu rostro pálido,
tus ojos convulsos...
Ya te dan impulsos
de echarte á mis pies.—
No: primero un tósigo
que tú de marido,
bien que arrepentido,
la mano me des.
Con causa legítima
culparte pudiera
clamando severa
con trémula voz:
Detengan al prófugo
que me puso en venta,
y den á mi afrenta
venganza feroz.
Mas téngote lástima,
y no he de hacer daño
al que un desengaño
dichoso me da.
Me aplacan tus síntomas
de remordimiento;
sí; y en tu tormento
me he vengado ya.
Y espero que... ¡Cállate!—
en vano un consuelo
pedirás al cielo
lejano de mí.
Mientras yo sin término
doy gracias al signo
que quiso benigno
librarme de tí.

:

JOA. Sí; yo seré víctima...
(¡Vaya, que es historia!)
víctima espiatoria
de mi ingratitud.
Ya corro á la góndola.
No puedo, en efecto,
sufrir el aspecto
de tanta virtud.

ESCENA XVII.

DON JOAQUIN. DON HIPÓLITO. MANUELA. DON FRUCTUOSO.

FRUC. Don Joaquin, felices dias.
¿Qué tal, qué tal desde ayer?
JOA. (¿Otro? ¡Por vida de Brios...)
Bien, para servir á usted.
FRUC. Traigo una buena noticia...
JOA. No me puedo detener...
FRUC. Oiga usted: el ministerio
que ayer en cierto papel
ponia usted en las nubes,
ha caido.
JOA. Ya lo sé.
Yo me voy...
FRUC. Usted reciba
mi sincero parabien...
HIP. Mi cordial enhorabuena...
JOA. ¡Por vida de Lucifer...
Esto ya pasa de broma.
Dénme ustedes un cordel,
ó déjenme con mil diablos
que me vaya, si tal vez
no vienen de mano armada
á entregarme aqui los tres
en poder de aquel hebreo
que maldiga Dios amen.
Va á salir la diligencia,
yo tengo sumo interes
en huir de un usurero
que no me dará cuartel
si me echa la vista encima,
y...

FRUC. ¡Cómo! ¿Se marcha usted?
(*Interponiéndole.*)

JOA. Sí señor.

FRUC. ¿Dónde?

JOA. ¡Al infierno!

ESCENA XVIII.

MANUELA. DON JOAQUIN. DON FRUCTUOSO. DON HIPÓLITO. TOMASA.

Es ya mucho padecer

TOM. ~~Eso ya es mucho moler.~~

JOA. ¿Aun hay mas?

TOM. (*A su marido.*) Aparta tú.

HIP. ¡Cómo! ¿Tú vuelves por él?

TOM. ¿Y por qué no? Que se vaya,
y Dios buen viaje le dé,
y muchísima salud,
y el juicio que ha menester.

JOA. ¡Ah! ¡Qué muger... (Y un idiota...)
Que ustedes lo pasen bien.
(*Vase, cerrando la puerta.*)

ESCENA XIX.

MANUELA. TOMASA. DON HIPÓLITO. DON FRUCTUOSO.

TOM. Si no acudo á su defensa
se va de Madrid el coche
sin él. ¡Qué mal corazon!

HIP. ¿Posible es que tú le abones
despues de haberse atrevido
á quererte...

TOM. ¡Pobre jóven!
¿Puedo yo acaso impedirle
que me quiera y que me adore?
Ya que no mi gratitud,
bien merece que le otorgue
mi compasion.

HIP. La que empieza
por compadecer... ¡Demontre!

TOM. No digas majaderías.
Muger que se inclina á un hombre
no facilita su ausencia.

HIP. Cierto: tienes mil razones;
y celebro que se escape
porque de rabia se ahorque
el desalmado usurero
que le persigue.

FRUC. ¿Y adónde
va á parar...

TOM. ¿Qué nos importa?

MAN. Aunque al estremo del orbe
se destierre, sentirá
remordimientos atroces.
¿No viste cómo tembló...
cómo perdió los colores...
¿No has observado mi calma,
mi indiferencia, mi noble
tranquilidad? Ni una queja,
ni denuestos, ni baldones...
El desprecio es el castigo
que humilla mas á los hombres.

HIP. (*Aparte á don Fructuoso.*)
¿Tranquilidad? ¡Bien por Dios!
¡Y alborotó con sus voces
la vecindad, y temí
que le arrancase los bofes!

TOM. ¿Qué hacemos aqui... (*Llaman á la puerta.*)

FRUC. Han llamado.
¿Serán tal vez acreedores...

HIP. Será el criado, ó quizá...

TOM. ¡Pero abre...

AMP. ¿Nadie responde?

(*Dentro, llamando otra vez. Abre don Hipólito la puerta, y entra Amparo.*)

ESCENA XX.

TOMASA. AMPARO. MANUELA. DON HIPÓLITO. DON FRUCTUOSO.

AMP. Dios guarde á ustedes. ¿No está...

FRUC. ¿Quién...

AMP. Don Joaquin.

TOM. Ha partido.

AMP. ¿Dónde... ¿Cómo... ¿Adónde ha ido...

¡Traidor! Pero él volverá.

HIP. Por ahora, dificulto...

FRUC. La ocasion no es oportuna...

AMP. ¿Qué viene á ser esto? ¿Alguna
de ustedes le tiene oculto?
Pues vano será el ardid.
Soy señora; y se ha de ver...

HIP. ¿Está loca esa muger?

TOM. Se ha marchado de Madrid.

AMP. ¡Hombre vil, y sin conciencia!

(*Abriendo las puertas, y registrando desde ellas con la vista las habitaciones.*)

¿Asi á mi amor corresponde?
¿Y con qué motivo... y dónde...

HIP. ¿Qué sé yo...? En la diligencia.

AMP. Yo no veo su equipaje...

(*Fija la vista sobre la mesa, ve el billete que escribió don Joaquin, lo abre, y lo recorre con la vista rápidamente.*)

Todo esto anuncia... ¡Un papel!
Yo le abro... Tal vez en él...
¡Cielos! ¡Sí! ¡Cierto es el viaje!
Mi furor te seguirá:
en vano me huyes, malvado...
¿Mas qué camino ha tomado?
¿En qué diligencia va?

TOM. No lo sabemos, señora.
Se marchó...

AMP. ¡Cruel tormento!

HIP. Y volaba como el viento.

AMP. ¿Cuándo?

HIP. Ya hace un cuarto de hora.

AMP. Me la pagará, y con costas.
¡Por él ando como ando!
¡Yo! ¡Una señora... Volando
voy á la casa de postas.
Si alli veo al inconstante,
de mí no se ha de burlar.
Con él tengo de viajar...
aunque me suba al pescante.
Si ya se ha marchado el coche,
sabré qué rumbo el infiel

ha tomado, y detras de él
caminaré dia y noche.
En vano el triunfo celebra.
Sino hay carruaje, iré andando,
¡oh! y aunque sea arrastrando
como arrastra la culebra.
Aunque pierda mi comercio,
no se me escapa. ¡Que no!—
¡Aun no sabe él quién soy yo
si la mantilla me tercio!
(*A don Hipólito.*) (*A Manuela.*)
¿ Rie usted ? ¿Usted se asombra?
Sí; con valor sin segundo
le seguiré por el mundo
como si fuera su sombra.
Resuelta, resuelta estoy.
Mal que pese al fementido
él ha de ser mi marido
ó no he de ser yo quien soy:
y á su cuello me he de asir
con la mano... con las dos...
¡y no suelto, vive Dios,
hasta casarme ó morir!

ESCENA ÚLTIMA.

TOMASA. MANUELA. DON HIPÓLITO. DON FRUCTUOSO.

MAN. ¡Jesus, Jesus qué muger!
FRUC. Habrá la de San Quintin
si ella...
TOM. ¡Pobre don Joaquin!
HIP. Ya le ha caido que hacer.
FRUC. ¡Qué hablar! ¡Hasta por los codos!
HIP. Vámonos; y sin embargo
de que ella toma á su cargo
el darnos venganza á todos,
hoy os convido: venid;
y brindad los tres conmigo
porque el comun enemigo
no vuelva mas á Madrid.

FIN DE LA COMEDIA.